7344

PIERRE FRONDAIE

MONTMARTRE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

Vilaregut.

TEATRO MUNDIAL

AÑO I PUBLICACIÓN SEMANAL N.º 2

Administración: Industria, 204-Barcelona

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1922

50 cts.

4

MONTMARTRE

PIERRE FRONDAIE

MONTMARTRE

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE

SALVADOR VILAREGUT

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
Industria, 204

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado o se celebre en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» y don Julio Villeneau, su propietario para el idioma español son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DALMAU, YUSTE Y BIS, IMPRESORES.-RONDA S. PABLO, 42.-BARCELONA

Al sabio Catedrático Doctor Rodriguez Méndez, mi venerable Maestro, insigne comprofesor, gloria de la Medicina española, su devotísimo

DR. G. F. FERNÁNDEZ OSUNA
Catedrático de la Facultad de Medicina
de Granada

678177

Esta traducción se estrenó en el Teatro de la Princesa, de Valencia, la noche del 20 de Septiembre de 1919.

REPARTO

María-Clara . .	Sra.	Ferrer-Vilches	*San Sergio* . .	Sr.	Tarrida.
Susana	»	Hurtado.	*Enrique* . . .	»	Viu.
Simona	»	Sánchez.	*Parmén* . . .	»	Casanova
Anabela . . .	Srta.	Villamarta.	*Marcelo* . . .	»	Aya.
Liliana	Sra.	Senis.	*Clarón*. . . .	»	Lérida.
Gabriela. . . .	»	López.	*Fardel*	»	Ribas.
Eva-Adán . . .	»	Gisbert.	*Un municipal* .	»	Silvio.
Felicia	»	Sánchez.	*Edmundo*. . .	»	Ferrer.
Genoveva . . .	»	Pérez.	*Roberto* . . .	»	Silvio.
La Duquesa . .	»	Senis.	*Alfredo* . . .	»	Ferrer.
Camila	Srta.	Ferrer.	*Cyrano*. . . .	»	Ferrer.
Fanny	»	Roca.	*Carlos*	»	Tarrida.
Julieta	»	Tarrés.	*Un extranjero* .	»	Guasch.
Carlota	»	Bassó.	*Levi-Brack* . .	»	Guasch.
La Florista. . .	»	Gimeno.	*Un joven* . . .	»	N. N.
Teresa	»	N. N.	*El acomodador*.	»	Ribas.
Juan Tavernier .	Sr.	Salom.	*Un tzigant* . .	»	Guasch.
Alberto Marechal	»	Sierra.	*El botones* . .	»	Cancha.
Gaston Logers .	»	Baduell.	*Un mozo de café*	»	Viu.

Parejas de bailadores, concurrentes, mozos de café, etcétera.

Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

La escena representa el jardín de verano del *Moulin Rouge*, de París. Al fondo, el teatro, al que se entra, subiendo unos peldaños, por una gran puerta que da al *promenoir*, profusamente iluminado. A la derecha la galería abierta. Es en el mes de junio. Las diez de la noche. Al levantarse el telón, se oye una música. Habrá dos clases de música: la de los tziganes, que toca dentro, a la izquierda, y la del teatro, que se oye en el fondo derecha. Es el entreacto. Gente sentada a las mesas del café, servidas por Mozos que entran y salen. Otros pasan por el *promenoir*. Suenan timbres. Dos parejas de la casa acaban de bailar en el jardín. En una mesa de la derecha, primer término, estarán sentados Enrique, Marcelo y Edmundo.

(*Al acabar de bailar las dos parejas, la gente aplaude.*)

ENRIQUE Poco éxito tienen.

EDMUNDO ¡Qué van a tener! ¡Yo no he visto mujeres más feas!

MARCELO La verdad es que no se ve ni una cara bonita. Puede que las haya, pero yo no las veo.

ENRIQUE En la literatura sobran. Pero en la vida, son ya más raras. Hemos de contentarnos con las feas, y gracias.

EDMUNDO ¡Bah, bah! No hables mal de las feas. Para empezar, suelen ser las mejores.

MARCELO ¡Es verdad! Lo monstruoso tiene también sus atractivos.

EDMUNDO Es que Dios es justo. Porque como las feas suelen ser siempre viejas, nuestra juventud es un consuelo para ellas, porque les presta algo así como un reflejo primaveral...

ENRIQUE ¡Justamente! ¡A mí las arrugas me encantan! Y la fealdad llega a parecerme una belleza.

MARCELO ¡Especial! De última novedad. ¡Muy bien! ¿Qué edad tienes, poeta?

ENRIQUE No soy poeta. Se acabaron los poetas. El último tiene 23 años. Es Alberto Marechal.

MARCELO Ese no es poeta. Es músico. Y de los que vienen pegando, amigos. Tiene mucho talento.

ENRIQUE Si no fuese tan romántico...

EDMUNDO Y tan cursi.

MARCELO Y no estuviera tan enamorado

ENRIQUE ¿Visteis a su amiguita, esta noche?

EDMUNDO No, pero debe de estar por ahí, con las demás.

MARCELO ¡Es monina!

ENRIQUE Y muy joven.

EDMUNDO Veinte años. ¡Extraña! ¡Cierto encanto! Y algo que atrae.

MARCELO ¡Sí, pero terrible!

EDMUNDO Dicen que él está loco por ella.

ENRIQUE ¿Que si está? Una chifladura en toda regla.

MARCELO ¡La chifladura de querer!

EDMUNDO ¡Pues está fresco!

ENRIQUE ¡Qué tontería, el amor!

MARCELO ¡Lo que yo he dicho siempre! (*Entra el Botones por la izquierda.*)

BOTONES Pasen, pasen. Por aquí. Vayan entrando, señoras y caballeros. Van a empezar las verdaderas danzas árabes. La bella Fatma. Nuevas creaciones. (*Sale por la derecha. Entran Fanny y Teresa, van hacia el fondo.*)

FANNY ¡Vamos a reirnos! Verás. Ven.

TERESA No puedo ahora. ¡Déjame! (*Se acerca al extranjero, que viene del fondo. Tipo de inglés, idiota.*) ¿Quieres pagarme una cerveza?

EXTRANJ. Bo-ar? What is it? Is't love! All-right! Come. I want you to kiss! (*Teresa le coge del brazo, pero se separa de él en seguida, al ver un joven pálido que usa monóculo.*)

TERESA ¡Oye, tú! Eres autor dramático, ¿verdad?

JOVEN Sí, y periodista. ¿Por qué?

TERESA Entonces debes saberlo todo. ¿Verdad? ¿Cómo se dice en inglés cincuenta francos?

JOVEN Tou pounds.

TERESA ¿Tou pa unds? ¿Tienes un lápiz?

JOVEN Sí.

TERESA Escríbemelo en el puño. Haz el favor. (*El joven lo hace. Teresa, del brazo del inglés, impasible, va a sentarse con él a una mesa. Fanny y el joven van, del brazo, a sentarse también a otra mesa. Entran Simona, una rubia gorda, y Eva-Adán, alta, delgaducha, pálida, peinada como la Gioconda. Se sienta en una mesa con Simona.*)

EVA A mí, los hombres me repugnan.

SIMONA ¡A mí, no! ¡Ohé, Susana!... (*Entra Susana, juntándose a ellas.*)

SUSANA Buenas noches, pimpollos.

EVA ¿Cómo es eso? ¿Viniste sola? ¿Por qué no nos has traído a María-Clara? Me gusta esa muchacha. ¡Es bonita!

SIMONA No sé si es bonita, pero lo que sí sé es que no se parece a nadie. No podéis imaginaros el éxito que tiene. ¡Irá muy lejos!

SUSANA (*Sentándose.*) ¿Ella? No la conocéis. ¡Es terrible! Carece de sentido práctico. Es inútil darle consejos. Se queda tan fresca. Sólo os diré que se permite el lujo de estar enamorada... ¿Qué tal?

EVA ¡No!... ¿De quién?

SUSANA (*Señalando el grupo de Enrique, Marcelo y Edmundo.*) ¿Ves aquel terceto de millonarios? Pues del que esperan para hacer el cuarteto. De un tal Alberto. Músico,

por más señas.

EVA ¿De Alberto Marechal? ¡Ah, le conozco! ¡Pero aquello no es un hombre! ¡Es una romanza! ¡Psé!

SUSANA Pues María-Clara está loca por él.

EVA ¿Habrase visto tonta? Un tipo así es un «exceso de equipaje» para una mujer.

SUSANA Es lo que le digo yo... ¡Ah, cuando pienso en lo que podría hacer ese demonio de María-Clara, si quisiera!

EVA ¿Y de dónde la sacaste?

SUSANA ¡Oh, no sé! Hace dos meses que la conozco. Una mañana se me presentó en casa. Pero a mí me parece recordar haberla visto en una lechería de lo alto de Montmartre... pero no estoy muy segura. De todas maneras, aquí no había venido nunca, porque fuí yo quien la traje por primera vez. ¡Ah, pero hijas mías! ¡Una revolución! ¡Todos se fijaron en ella! ¡Todos la querían! Y ella se paseaba satisfecha dándose aires de princesa! Yo, al ver aquella locura, pensé: «Vamos, hemos encontrado el mirlo blanco. ¡Esa muchacha es un filón! Sobre todo, si no le falta alguna alma caritativa que la guíe por el buen camino». Y, ¿quién más indicada que yo, verdad? ¡El dineral que ganaría! Pues bien, señoras: ¡nada! Y con las gangas que yo la he propuesto. ¡Jesús! Se me echa a reir, y se pasea por aquí, como quien hace un viaje de recreo. ¡Y, para empezar, se me encapricha por un músico pobre! ¡Qué candidez!, ¿verdad? ¡Oh!

EVA ¡Es repugnante!

SIMONA Si el capricho fuese un capricho razonable, menos mal. ¡Hay hombres que lo merecen! Pero, Alberto Marechal... ¡Hola, aquí tenemos al gran Alfredo!

ALFREDO (*Sentándose.*) ¿A quién estáis descuarti-

zando, *querubines?* (*Al mozo.*) Café, cigarro. (*A Simona.*) ¿Qué hay de nuevo?

SIMONA Nada.

ALFREDO ¡Ah! (*Callan. El mozo sirve. Se oye la música del teatro. Aplausos lejanos. Entran por la derecha Gabriela, Liliana y Logers. Van todos ricamente vestidos. Ellas de* soirée. *El, de frac. Joyas, verdadero lujo. Sensación en las mesas.*)

ENRIQUE ¡Mirad, chicos! Aquí tenéis a Logers, con la Montinat y Liliana de Vergy. Logers había ido al mismo colegio que Alberto Marechal.

MARCELO ¡Dicen que es riquísimo!

EDMUNDO Multimillonario.

ENRIQUE ¡Qué *pose!*

LOGERS Aquí tienen al «Moulin Rouge».

GABRIELA ¡Es curioso! ¡No lo conocía!

LILIANA ¿De veras? ¡Oh!...

GABRIELA ¡Sí, sí! Ya saben ustedes que vivimos en Hamburgo todo el año. Y cuando venimos a París, nos gusta divertirnos algo, pero en lugares más decentes.

LOGERS ¡Oh, oh, Gabriela, por Dios! ¿Ha oído usted, Liliana? ¡En lugares más decentes!...

LILIANA (*Alegre.*) Pues a mí me encanta el haber venido aquí esta noche. Porque me parece adivinar cuáles son sus intenciones, Gastón. Sospecho que nos reserva usted algo nuevo, ¿verdad? ¡Ya sabe usted que a mí me entusiasma lo imprevisto, lo ignorado!

LOGERS Viciosa. ¡No puede ocultársele a usted nada, a pesar de que ya no es usted una niña!

LILIANA ¡Insolente!

LOGERS Vamos, vamos... no se enfade usted. Hablo en broma. ¡Es usted la mujer más *chic* de París! ¡La única gloria de la tercera República! ¡La Aspasia moderna!

GABRIELA ¿De quién habla usted? No entiendo...

LILIANA Vamos a explicárselo. Es un descubrimiento de Logers. Va usted a ver. Pero, entremos. Habrá empezado ya la Revista. (*Ha entrado el acomodador y dice a Logers* :)

ACOMOD. El proscenio de la derecha. ¿Quieren ustedes hacerme el favor?

LILIANA Llame a la florista.

LOGERS Y al Barman. (*Salen por el fondo, Logers, Gabriela y Liliana, y el Acomodador por la derecha.*)

SUSANA (*A Alfredo.*) ¡Oye, tú!

ALFREDO ¿Qué pasa?

SUSANA ¿Has visto ese tipo... el que acompañaba a esas dos señoras? Es Gastón Logers. Estoy segura de que antes de cinco minutos va a volver solo. Está «congestionado» por María-Clara, y sabe que la conozco. (*A Simona y a Eva-Adán.*) Otra ganga; acaso la mayor, que va a despreciar también, como si lo viera.

ALFREDO (*Levantándose.*) Hasta ahora. (*Sale. Entra Alberto Marechal. Es joven, guapo e interesante.*)

EDMUNDO ¡Aquí está Alberto! Creí que no venías.

MARCELO ¿Cómo estás?

ENRIQUE ¿Siempre enamorado?

ALBERTO ¡Siempre!

ENRIQUE ¡Fatídica palabra!

EDMUNDO Ya se te pasará.

ALBERTO ¡No! No lo creo.

LOS TRES ¡Ja, ja, ja!

ENRIQUE ¿Es, pues, en serio?

ALBERTO En serio. No sé por qué os reís. Gracia tiene muy poca.

ENRIQUE Nos reímos porque pareces un novato. Tropiezas con una muchacha bonita, fácil, agradable, y te vas tras ella. ¡Es cuestión de temperamento, chico! Los sentimientos son unos pájaros peligrosos, a los que hay

que tener enjaulados.

EDMUNDO Algo así como los canarios. Pues de lo contrario, acaban por marearte con sus trinos.

MARCELO Esto, sin contar que en el país del placer, «ellas» son la única moneda corriente. Después de una, otra...

ALBERTO Ya os he dicho que esa no es como las demás. Es de una ternura deliciosa, de una espontaneidad, de una franqueza, adorables... Creo que no soy un imbécil, ¿verdad? Conozco la vida como vosotros, ni más ni menos. Pues bien, os aseguro que encontrar a María-Clara y no irse tras ella... equivale a un suicidio. Hace un mes que la conozco... que la quiero.

ENRIQUE Y, claro, fué ella la que te engatusó.

ALBERTO No emplees semejante frase. Vino hacia mí en lugar de ir hacia otro, porque vive sola en el mundo, y movida por un instinto clarividente. No me quejo. Es mi destino. Atraer a los que vuelan rozando el suelo. Porque sienten que tengo un alma más vibrante que la vuestra, y que les he de comprender en seguida.

EDMUNDO ¡Palabras, palabras y palabras! ¡Toda la quincalla estúpida del sentimentalismo!

MARCELO Pasada ya de moda.

ENRIQUE Buena para ponerla en música. De éxito seguro. ¡Pero en la vida!

EDMUNDO (*Levantándose.*) Vamos, vamos a oir la orquesta. Están en la famosa escena de los misterios de Adonis. ¿Vienes?

ALBERTO No, gracias. Prefiero no verlos. Nuestros públicos modernos no las comprenden esas escenas de la Grecia antigua. Sólo ven la parte puramente sensual y erótica. Podéis ir vosotros. Yo me quedo.

EDMUNDO Pues, andando.

MARCELO Vamos. (*Salen Marcelo y Edmundo.*)

ENRIQUE ¿Pero... hablas en serio?

ALBERTO ¡Sí! En otros lugares, cuando preside un refinado gusto artístico, puede haber momentos deliciosos... ¿Pero, aquí? ¡Con esa musiquilla... con esa gentuza del «promenoir»... pouáh! ¡Una decadencia que da pena y lástima! Evitemos el contagio, y procuremos conservarnos sanos.

ENRIQUE Pero, a pesar de todo, es aquí donde conociste a María-Clara.

ALBERTO Por esto quiero sacarla de aquí. (*Pausa.*)

ENRIQUE ¡Mucho cuidado, Alberto! Ya sabes que soy un buen amigo tuyo. Me temo que vas a hacer una tontería.

ALBERTO Sólo obedezco a mi corazón.

ENRIQUE Razón de más. El corazón nada tiene que hacer aquí.

ALBERTO (*Vivamente.*) El corazón debe hacerlo todo en la vida; sea donde fuera... En amor, el corazón es como Dios en nosotros.

ENRIQUE ¡Pobre Alberto! Estás perdido. Pero, en fin. Mira, aquí tienes a tu Dulcinea. (*Desde el principio de esta escena, óyese dentro un vals sentimental, de una gran languidez. Entra María-Clara. Es una muchacha extraña, de grandes ojos y boca sensual. Pasa primero por delante de la mesa de Eva-Adán, Susana y Simona.*)

EVA (*Parándola.*) ¡Hola, preciosa!

M. CLARA (*Parándose.*) ¿Cómo están las tres? Qué noche más hermosa, ¿verdad? ¡Y qué bien se está aquí!... Hay música, alegría. Da la sensación de que una se encuentra en plena montaña... ¡Qué delicia! ¡Ah!

SIMONA Tanto como en plena montaña...

M. CLARA No sé... Pero yo me siento bien aquí. Las dejo... Veo que mi amigo me espera. (*Envía besos a Alberto con la mano y se dirige hacia él.*)

SUSANA (*Deteniéndola.*) ¡No, aguarda! Oye; hay

alguien más aquí que tu «capricho»... Gastón Logers está en un proscenio.

M. CLARA ¿Y a mí qué me importa?

ALBERTO (*Nervioso a Enrique.*) Pero, ¿qué diablos la están diciendo aquellas mujeres? La entretienen tontamente. (*Viendo que Susana habla a María-Clara en voz baja.*)

SUSANA ¡Qué tonta eres! No sabes lo que te conviene.

M. CLARA Sólo sé una cosa: que le quiero... Y que de momento, sólo pienso en él.

EVA ¿Y va a durar mucho, eso?

M. CLARA No sé. Veremos. Estoy alegre; me divierto; amo y soy amada... ¿Qué más puedo desear?

SUSANA Pero... fíjate en la Montinat, en Liliana de Vergy... A eso llamo yo prosperar... Sigue su ejemplo.

M. CLARA (*Riéndose.*) No tengo tiempo. Lo dejaremos para cuando sea vieja... ¡Pero, de momento no! ¡Nadie!... Ni Gastón Logers

SUSANA Es el becerro de oro.

M. CLARA (*Separándose de ellas.*) No me gustan los becerros. (*Va hacia Alberto, abrazándole y besándole con efusión. El está contento, pero es poco expansivo en público.*)

ALBERTO ¡Por fin!

M. CLARA ¡Alberto! ¡Amor mío! ¿Cómo estás? Un beso.

ALBERTO ¡Por Dios! ¡Nos están mirando!

M. CLARA ¿Y a mí qué? ¿Es que acaso no tengo derecho a besar a mi amante? Es mío... ¡Mío! Y hago con él lo que se me antoja. (*A Fanny que se va.*) ¿Verdad, señorita? Y además, que aquí estamos en casa. ¡Estamos en Montmartre! ¡Mi tierra! ¡Las tierras más hermosas que existen. (*Besa a Alberto y se sienta a su lado.*)

EVA Me repugna esa muchacha con sus arrebatos.

SUSANA Se gasta en tonto. ¡Y pensar que Logers bebe los vientos por ella!

EVA ¿El polichinela del proscenio?

SUSANA Sí... Todavía ayer me decía que no iba a quedar descontenta de él, si lograba que María-Clara...

EVA ¿Lo crees imposible?

SUSANA ¡Qué se yo! (*Siguen hablando bajo.*)

M. CLARA ¿Qué tienes, vamos ayer? ¿Estás enfadado?

ALBERTO ¡No! ¡Te adoro!

ENRIQUE ¡Hijos míos! Acabaréis por marearme. ¡Me voy al pim-pam-pum! (*Se levanta y sale.*)

M. CLARA Ese es... uno que no quiere el amor. ¡Como que no sabe lo que es! (*Entra Alfredo, pasa y saluda con la mano a María-Clara.*)

ALBERTO ¿Eh? ¿Le conoces a ese?

M. CLARA Sí, es el amigo de Simona...Una de las que me habló al entrar.

ALBERTO No puedes imaginarte lo que me disgusta que te relaciones con esa clase de mujeres. Esa Susana... ¡Ah!

M. CLARA Es muy buena. Se ha portado siempre muy bien conmigo...

ALBERTO ¡Ea! ¡Se acabó! Es hora ya de sacarte de aquí.

M. CLARA ¿Qué dices?

ALBERTO Que vas a venir conmigo.

M. CLARA ¿Contigo? ¿Dónde? ¿De viaje?

ALBERTO ¡No! ¡Conmigo!

M. CLARA ¿Contigo, ahora, en seguida?

ALBERTO Sí.

M. CLARA ¡Oh, Alberto! ¡Cuánto te quiero! Ya me gustaría, no vayas a creer. ¡Sería tan dichosa contigo! Me gustas porque no te pareces a nadie.

ALBERTO Pues... ¿y tú? ¡Eres, una mujer aparte, de un atractivo y encanto irresistible! ¡Te adoro!

M. CLARA No te creo, a pesar del tono en que me lo dices. Tú te imaginas que me adoras... pero no es verdad. Quien tiene la culpa de todo es la languidez perturbadora de esa música, que va meciéndonos... meciéndonos... el perfume penetrante de los árboles de Montmartre, la noche apacible, las luces y la alegría de todo ese barrio que me vió nacer...

ALBERTO No, no. ¡es que te quiero, te quiero, te quiero! ¿Lo he dicho bien?

M. CLARA Sí. ¿Qué no daría yo porque fuese verdad? ¡Porque estoy loca de amor por ti! ¡No me mires de este modo! ¡Oh, cómo rabiarán las demás! Se burlarán de mí porque estoy enamorada, «encaprichada», según ellas.

ALBERTO ¿Qué te importan las demás? ¡Déjalas!

M. CLARA Tienes razón. (*Entra por el foro Logers solo.*) Por lo que me lo agradecen... ¡Ah, mira! Ese creo que es muy rico, ¿verdad?

ALBERTO Sí, le conozco. Habíamos ido juntos al colegio. ¡Un imbécil! Y su padre un estafador. Son muy conocidos y figuran mucho. (*Logers les mira, saludándoles, con aire de protección.*) Pero, ¿no ves? ¡Nos saluda! ¡Y con qué insolencia! Si no fuera por...

M. CLARA Déjale. No vayas a ponerte en ridículo. Quién sabe lo que puede suceder. ¡Tiene tantas sorpresas la vida! Anda, no pongas esos ojos, y dame un beso. (*Alberto le da el beso. Logers ha llegado a la mesa de Susana.*)

LOGERS Buenas noches. (*A Susana por Alberto.*) ¿Ese es el... amigo de María-Clara? ¿Alberto Marechal? Le conozco. Habíamos ido juntos al colegio. ¡Es un imbécil! Y su padre, un abogado sin pleitos y de dudosa

fama. ¡Vamos, nada!

SUSANA — Será lo que usted dice, pero a la muchacha la tiene sorbido el seso.

LOGERS — Insisto. Soy más fuerte que él para esta clase de luchas. Oye. Háblala. Estoy con Liliana. La divertirá conocer a María-Clara. Decídela a que venga a tomar algo con nosotros al proscenio.

SUSANA — No vendrá.

LOGERS — Pruébalo. Te aguardo en el pasillo, en la puerta del palco. Vas a ganarte cien francos.

SUSANA — Probaré. (*Logers sale por el fondo. Susana se acerca a la mesa de María-Clara haciéndole señas de que quiere hablar a solas con ella.*)

M. CLARA — (*A Alberto.*) ¿Qué querrá esa? Vas a ver. No van a quedarle ganas de insistir. (*Se habrá levantado tan de prisa, que Alberto no ha tenido tiempo de retenerla.*) ¿Qué pasa?

SUSANA — Gastón Logers desea presentarte a Liliana de Vergy.

M. CLARA — ¿De veras? ¿Nada más? ¿Es esto todo? Pues lo siento mucho. Es imposible.

SUSANA — ¡No seas tonta! Esto no compromete a nada.

M. CLARA — No puedo. (*Por Alberto.*) Se disgustaría. (*Con orgullo.*) ¡Está tan enamorado! ¿Comprendes?

SUSANA — Anda, monina. ¡Hazlo por mí! Mira que esta noche no tengo ni un céntimo. Me ha prometido cien francos, si vas. Aunque sólo sean cinco minutos.

M. CLARA — ¡Me es tan antipático ese Logers! Pero en fin, si es por ti... Si con esto te saco de un apuro... Pero, ¿y Alberto? (*Vuelve a él.*)

ALBERTO — ¡Oh, esto ya es demasiado! Vámonos.

M. CLARA — ¿Me quieres? (*Sonriéndole.*)

ALBERTO — Sí, pero todas esas mujeres... esa facilidad

de trato y de relación... me molesta. Anda, ven.

M. CLARA Espera. Sólo cinco minutos.

ALBERTO ¿Por qué?

M. CLARA Quiero que Susana se gane cien francos.

ALBERTO No entiendo.

M. CLARA Es que desea que la presente a un caballero. Y como yo le conozco...

ALBERTO ¿Quién es?

M. CLARA Un compañero.

ALBERTO ¿Un compañero? ¿Un amigo? Pero sólo un amigo, ¿verdad?

M. CLARA Te lo juro. ¿Por qué me miras así? ¿Es que te figuras que te engaño? ¡Oh, Alberto, no temas! Desde que te conozco, mi alma ha sufrido una transformación completa. Es hermosa y diáfana como mi nombre: María-Clara. ¿Tienes confianza en mí?

ALBERTO Sí. Pero, ¿por qué continúas relacionándote con esa Susana?

M. CLARA Ya te dije que siempre fué muy buena conmigo. Y, además, es una superstición. ¡Soy tan dichosa esta noche! Por esto quiero que todos participen de mi dicha. ¿Me permites? ¿Sí? Cinco minutos. Sólo cinco minutos. (*Riéndose.*) ¡Es una obra de caridad!

ALBERTO (*Riéndose.*) ¡Qué monina eres! Anda... Vé. ¡Pero que sea la última vez!

M. CLARA (*A Susana.*) Anda, vamos.

SIMONA (*A Eva.*) ¡Y él se queda tan tranquilo!

EVA ¡Qué tontos son los hombres!

M. CLARA (*Marchándose con Susana.*) ¡Es muy celoso! ¡No tienes idea! ¡Acaba de hacerme una escena! ¡Es un amante en toda la extensión de la palabra! (*Sale con Susana. Entra Juan Tavernier, 40 años. Elegancia sobria. Traje de americana, holgado, corbata floja. Sombrero de anchas alas. Os-*

tenta la Legión de Honor. Alberto, que se dispone a seguir a María-Clara, se detiene al oir que Tavernier le llama.)

TAVERNIER ¡Alberto! ¡Quién vive! ¡Alto allá o disparo!

ALBERTO ¡Oh, el señor Tavernier! ¡Cuánto me alegro de verle a usted!

TAVERNIER ¿Qué me cuentas? ¿Qué hay de nuevo, Albertito?

ALBERTO Pues... que estoy contentísimo. Y cuando pienso que un artista como usted es tan buen amigo mío, me siento orgulloso, puede usted creerlo. Sin ir más lejos, ayer vi su nuevo dibujo, que venía en «El Fígaro». ¡Qué esplendor dentro de la ironía! ¡Un prodigio! ¡Eso ya no es caricatura! ¡Es la epopeya moderna!

TAVERNIER ¡Basta de bombos, hijo mío! ¡Basta de bombos! La miel me empalaga. A pesar de que la tuya es pura. En el fondo te lo agradezco. Pero la de los demás, es... zumo de ortigas, chico. Prefiero una gansada, si es sincera. ¿Y la música? ¿Cómo va esa música?

ALBERTO Muy bien. Divinamente. Estoy escribiendo una ópera. Todo: la partitura, el libreto. ¡Una cosa espléndida!

TAVERNIER Tengo buen olfato. ¡Pequeño, tú serás grande!

ALBERTO ¡Ojalá! ¡Trabajo mucho!

TAVERNIER ¿Y te diviertes? Porque, hijo mío, un poco de jolgorio para calmar los nervios, no va mal, ¿verdad?

ALBERTO No.

TAVERNIER ¿Cómo no?

ALBERTO Estoy... no sé... receloso... soliviantado, en este momento. Me sucede algo grave. O, por lo menos, serio. Estoy enamorado. Pero de veras.

TAVERNIER ¿Como en las novelas?

ALBERTO ¡No! ¡Como en la vida! ¡Locamente!

TAVERNIER (*Sentándose.*) ¿Y no eres correspondido?

ALBERTO ¡Al contrario! Amo y soy amado.

TAVERNIER Naturalmente. Eres un buen mozo, y, además, joven. Todas deben morirse por ti, ¿eh?

ALBERTO ¿Todas? Ya no es ese mi sueño. Ayer, no diré, pero hoy...

TAVERNIER ¡Ya! ¿Con que tan joven y ya padecemos del corazón, y ya necesitamos confidentes? ¡Habla, hijo mío! Te escucho. ¿Tenemos una amiguita?

ALBERTO Sí, hace ya un mes; y cada día descubro en ella cualidades diversas y por ella sensaciones desconocidas, cuya plenitud me transporta y me asusta al propio tiempo. En un principio, creí que sólo se trataba del capricho de un día, una broma. Pero no tardé en convencerme de que era algo muy serio.

TAVERNIER Mucho cuidado, Alberto. ¡Es el peligro! Cuando yo tenía tu edad, vine solo a París, y todavía me parece estar viendo a la graciosa mujercita rubia que vino a mi casa con intención de pasar en ella sólo una hora, y al cabo de seis meses no se había marchado aún. Se había instalado cautelosamente, plácidamente, como una jaqueca, de la que fué preciso que me curara mi padre, que era boticario. Se presentó en París, sin avisar, y aun me parece que le estoy oyendo cuando me decía: «Hijo mío, comprendo que la mujer sea el pretexto de la vida... pero con la condición de que te gusten todas; porque si sólo te gusta una, estás perdido, chico.» Y, creeme, Alberto, que, si de momento me rebelé contra lo que me dijo mi padre, el tiempo y la vida han acabado por convencerme de que mi padre tenía razón.

(*Pausa.*) Parece que mi plática no es de tu gusto, ¿verdad?

ALBERTO ¡Qué sé yo!... No.

TAVERNIER Adelante, pues. Ya sé que cada diez años unos hombres distintos cometen las mismas barbaridades. ¡Pero la mía fué mayúscula! A pesar de que mi mujercita era una buena muchacha, quise meterme a redentor.

ALBERTO ¡Ah!

TAVERNIER Sí, pero sin darme cuenta de ello. Obedecía seguramente a ese viejo y misterioso instinto que todos llevamos dentro desde hace cerca de dos mil años. ¡Acaso sea una parte de la herencia de Jesucristo, hijo mío!—Y digo esto porque todos tenemos la manía de convertir a una cualquiera en una santa. Lo llevamos en la sangre.

ALBERTO Pues a mí me parece muy bien todo esto.

TAVERNIER ¡Claro! ¿Puede haber algo más agradable que pasear por el mundo llevando del brazo a una Magdalena arrepentida?

ALBERTO ¡Qué duro es usted!

TAVERNIER ¡Es que he sufrido mucho, hijo mío!

ALBERTO Ya lo supongo. Pero, aunque no profeso teoría ninguna, ni formo parte de ningún apostolado, me parece que si pasamos cerca de un pozo, y oimos que de su interior parten gritos de socorro, lo natural es tender los brazos al que lo pide, para ayudarle a salir.

TAVERNIER Es que hay quienes prefieren entrar en el pozo. Tu comparación no significa nada.

ALBERTO Como todas las comparaciones. Pero la verdad del caso, señor Tavernier, es que he descubierto en una muchacha, un tesoro de cosas bonitas, a pesar de que el medio ambiente perjudica la transformación posible, que yo entreveo. Porque, en cuanto no se halla en Montmartre, si la llevo a lu-

gares más sanos, se convierte en un sér indiferente, original y nuevo. Todo la divierte... De todo se asombra. Es un carácter dúctil. Cosa muy interesante para un artista. Hace unos días la llevé al campo. Se entusiasmaba... gritaba por cualquier cosa.

TAVERNIER ¡Es natural!

ALBERTO Es un experimento interesantísimo, ¿verdad? ¿No le parece a usted que ya he contraído ciertas obligaciones con esa muchacha?

TAVERNIER ¿Qué te diré? Por lo menos en este momento. Sería inútil. No la dirigimos nosotros la vida. Es la vida la que nos dirige a nosotros. Y como te veo resuelto a todo... y, además, enamorado...

ALBERTO Ya se lo he dicho; como un loco. Hasta el extremo de no concebir la vida sin ese amor. Y, además, como estoy seguro de ser amado... ¡calcule usted!

TAVERNIER Entonces, hijo mío, es que la felicidad te abre sus brazos. ¡Corre, vuela, arrójate en ellos! Te llevará muy alto, hasta perderte de vista. Pero, más tarde, a ti, como a los demás, te dejará caer, más o menos pesadamente. ¡Prepárate con tiempo para no estrellarte en la caída!

ALBERTO No tema usted. No hay peligro.

TAVERNIER (*Melancólico.*) ¡Ojalá me equivoque! (*Viendo a María-Clara que se acerca.*) ¡Oh, espléndida! ¡Mira qué bonita es aquella muchacha! Es un «Villette» (1) exasperado. La conozco. Es simpática. Se llama María-Clara.

ALBERTO ¡Es ella!

TAVERNIER ¡Ah!

---

(1) Se pronuncia «Villet». Tipo de mujer parisién del famoso dibujante Villette.

ALBERTO María-Clara. Tengo el gusto de presentarte al señor Tavernier. Dice que pareces un «Villette».

M. CLARA Querrá decir un «Montmartre». Ha confundido los barrios.

TAVERNIER (*Ríe.*) Tiene usted razón, señorita. Simpática como siempre. Ustedes representan la alegría, la juventud, el amor, la vida. ¡Y es mucho! Llegó la hora de desempeñar el papel de enamorados en la gran comedia humana. ¡Animo, pues! El éxito del debut está descontado.

M. CLARA (*Riéndose.*) ¿Nos aplaudirá usted?

TAVERNIER ¡Con toda mi alma! (*Entran Logers y Susana.*)

LOGERS (*Riéndose.*) Estuvo por demás inconveniente. Pero hay que perdonárselo. Se ha ganado la voluntad de Liliana, después de la mía. ¡Es tan alegre! (*Yendo hacia Alberto y Tavernier. A Alberto.*) ¡Hola chico! ¿Cómo estás?

ALBERTO (*Glacial.*) Bien, ¿y tú?

LOGERS (*Jovial.*) Divinamente. Tengo el gusto de saludarle, señor Tavernier. ¿Quiere usted honrar nuestro palco con su presencia?

TAVERNIER ¡Imposible! No acostumbro a encerrarme jamás con mis modelos.

LOGERS (*A Alberto, por María-Clara.*) Mi enhorabuena, Alberto, por la preciosidad que has descubierto. Bien se ve que no procede de ninguna subasta. ¡Salve, oh, belleza casta y pura! ¡Já... já... já! (*Riéndose.*)

M CLARA Oiga usted. Vuélvase a su proscenio, porque sería una lástima que sus pavas reales murieran en su ausencia de pasión de ánimo. Yo no sé qué se figuran ustedes de Montmartre... ¿Creen que estamos en Suiza? ¿Le falta a usted un guía?

TAVERNIER ¿Y un borriquito?

LOGERS No, ya me voy. Es natural, la fruta pri-

meriza suele ser siempre amarga. ¡Hasta la vista, Marechal! Me alegro mucho de verte. Pasa por mi despacho... Fumaremos un pitillo, y charlaremos un rato. Señor Tavernier... a sus órdenes. Es graciosilla, ¿verdad? (*Por María-Clara.*)

TAVERNIER Más que usted. (*Logers se aleja sonriendo.*)

SUSANA ¿Y los cien francos?

LOGERS Toma.

SUSANA Gracias... y buena suerte.

LOGERS Cuando hay de aquí... (*Por la frente.*) todo marcha a pedir de boca. (*Enseñándole el billete de cien francos.*) Y de aquí. Sobre todo de aquí. (*Alfredo, que ronda por allá, coge a Susana del brazo, y sale con ella.*)

TAVERNIER Hijos míos, os dejo. Voy a dar una vuelta por el escenario a tomar algunos croquis de las bailarinas. Ya sé que son feas, pero queda siempre el movimiento.

ALBERTO ¿Se va usted ya?

TAVERNIER Sí. Mi presencia no es aquí indispensable como la de aquel guardia. (*Señalando al Municipal que entra.*)

M. CLARA ¡Trae una cara de aburrido, el pobre!

TAVERNIER Es una víctima del deber. ¡Ea! Hasta una de estas noches. Siempre en la calle de Lille, ¿verdad, Alberto? Iré a fumar una pipa. ¡Hasta la vista, María-Clara! (*Entra la florista.*) Oh... aquí tenemos la florista. Un ramo de violetas. (*Lo compra y lo ofrece a María-Clara.*) Quiero darme este gusto. Y como esto a nada compromete...

M. CLARA Muchísimas gracias.

TAVERNIER Hasta muy pronto. (*Sale.*)

M. CLARA Es simpático, ese señor. Se le ve todas las noches en Montmartre. He hablado con él varias veces. Tiene la Legión de Honor.

ALBERTO Es un gran artista. (*Siguen hablando en voz baja.*)

MUNICIPAL (*A la florista.*) ¿Verdad que ya se lo habrán dicho a usted varias veces?

FLORISTA ¿El qué?

MUNICIPAL Que es usted muy requeteguapa.

FLORISTA No. Aguardaban a que usted me lo dijera, para decidirse. ¡Ja... ja... ja! ¿Y no le han dicho a usted que ya estamos en primavera?

MUNICIPAL No. ¿Por qué?

FLORISTA ¡Porque hay lilas!

MUNICIPAL No entiendo...

FLORISTA Voy a explicárselo a usted, mi general. ¡Ja, ja, ja! (*Siguen hablando bajo. Simona y Eva-Adán se levantan y salen.*)

ALBERTO Tú podrás decir lo que quieras, María-Clara, pero no tienes razón. No debías de haber complacido a Susana.

M. CLARA ¿Hice mal? No volveré a hacerlo.

ALBERTO ¿De veras?

M. CLARA ¡De veras!

ALBERTO Hay que tener juicio.

M. CLARA ¿Era en serio lo que me dijiste hace poco?

ALBERTO ¡Muy en serio!

M. CLARA ¿Que me llevarías contigo? ¿Que viviríamos juntos?

ALBERTO Sí, esperando tiempos mejores.

M. CLARA ¿Iríamos juntos a todas partes? ¿A los restoranes? ¿Al teatro? ¡Ay, qué gusto! (*Palmoteando.*)

ALBERTO ¿De dónde eres tú, María-Clara?

M. CLARA De Montmartre.

ALBERTO ¿Dónde te educaste?

M. CLARA En Montmartre.

ALBERTO ¿De modo que nunca has salido...?

M. CLARA ¿De Montmartre? ¡Jamás! No conozco más que Montmartre. No vas a creerme, pero sólo he pasado dos veces el Sena.

Una, que fuí al baile «Bullier», y otra, al «Bon Marché». ¡Está lejos! ¡Lejos!

ALBERTO ¿Sabes dónde vivo yo?

M. CLARA Sí, por allá.

ALBERTO En la calle de Lille.

M. CLARA ¿Por qué no has querido llevarme a tu casa?

ALBERTO Vas a venir a ella.

M. CLARA Mi cuartito de la calle Pigal no te gusta, ¿verdad? En el barrio son todos iguales. Y no vayas a creer. Susana asegura que el mío es de lo mejorcito. Cien francos de alquiler al mes. No es caro, ¿verdad? El de Susana vale ciento treinta, pero tiene balcón a la calle. Cuando empezaste a venir tú, quise cambiar de habitación con ella, pero no quiso... ¿Me oyes? ¿En qué piensas?

ALBERTO En lo que estás diciendo. En tu vida de realquilada. No, tú mereces otra cosa. Vendrás a vivir conmigo.

M. CLARA Ya sabes que me gustará mucho. Vamos a ser muy felices, ¿verdad?

ALBERTO Sí. Por lo menos las circunstancias no pueden sernos más favorables. Acabo de ser nombrado segundo director de orquesta en los conciertos Bertolé.

M. CLARA ¡Ah!

ALBERTO Y con lo que ya tengo... Tal distinción la debo a un buen amigo mío.

M. CLARA ¿Le conozco?

ALBERTO No. Se llama Parmén, muchacho muy simpático, de gran talento. Es primer violín.

M. CLARA ¿No viene por aquí?

ALBERTO ¡Oh, no! Vive con una amiguita, con la que se casará pronto. Una muchacha huérfana, de rara disposición para la música. Se llama Carlota. Espero que seréis buenas amigas.

M. CLARA ¿Quedamos, pues, en que...?

ALBERTO Sí, estoy contentísimo. ¡Ah, con qué gusto voy a trabajar! Escribiré música inspiradísima. Porque cuando uno está solo, es tan triste, que no hay otro remedio que salir a la calle, a distraerse. Mientras que contigo...

M. CLARA Tendrás que mudarte, ¿verdad? Porque la calle de Lille está demasiado lejos, y para venir aquí tendríamos que emprender casi un viaje.

ALBERTO ¿Para venir aquí? Es que ya no vendremos más aquí.

M. CLARA ¿No? ¿Por qué?

ALBERTO Por varias razones. ¿Lo sientes?

M. CLARA (*Sincera.*) No, porque en todas partes donde yo me halle contigo, será Montmartre. Tú ya me conoces. A mí, sólo me interesa una cosa: el amor. ¡Y como teniéndote a ti, tengo el amor! ¡Oh, qué hermosura! Hace dos meses que no nos conocíamos. Aquí fué donde te vi por primera vez. ¡Una mirada, y ya está! ¿Y va a ser por mucho tiempo? Por mucho tiempo, ¿verdad?

ALBERTO ¡Para siempre! (*Solemne.*)

M. CLARA (*Extasiada.*) ¡Oh, es espléndida la vida!

ALBERTO Pero el dinero no va a sobrarnos.

M. CLARA ¡Eso, qué importa! Ya nos las compondremos. Pues cada uno por su parte...

ALBERTO No, yo no quiero que tú trabajes. ¡Por lo que ibas a ganar! Trabajaré yo por los dos. Claro que tendrás que aprender muchas cosas, que no deben ignorarse. Cosas insignificantes, pero que tienen su importancia. No vayas a creer. Debes empezar por mejorar tu letra.

M. CLARA ¿Es horrible, verdad, mi letra? Cuando no escribo «Te amo» no hay quien la entienda. ¿Verdad que sí?

ALBERTO Escribe siempre «te amo». Pero sólo a

mí. Y, en poco tiempo me comprometo a convertirte en una excelente ama de casa. Vas a ver.

M. CLARA ¿Como la amiguita del primer violín?

ALBERTO ¿De Parmén? Sí. ¡Es la mar de simpática!

M. CLARA (*En una suerte de explosión amorosa.*) ¡Todos tus amigos son simpáticos! Todo lo que tú dices me parece bien. Todo lo que tú piensas es admirable. ¡Te quiero! Esta noche sólo tengo una voluntad, la tuya. (*Se levantan y se abrazan.*)

ALBERTO Pues bien, mi voluntad, querida mía, es que te vengas conmigo; que me quieras mucho; que me escuches, y que te olvides de todo lo que no sea yo.

M. CLARA Nada más fácil. Pues para mí, en el mundo sólo existe mi Alberto.

ALBERTO ¡Entonces, ven hacia mi vida, María-Clara! ¡Y despídete de Montmartre! ¡Dale tu último adiós!

M. CLARA (*Con gran alegría.*) ¡Adiós, Montmartre!

ALBERTO ¡Oh, vida mía! ¡Vida mía! (*Van hacia el fondo, en éxtasis. Entra Simona.*)

SIMONA (*Gritando.*) ¡Eh, María-Clara! A Susana se le olvidó la llave. Dice que le des la tuya... que la encontrarás debajo de la esterilla del rellano.

ALBERTO (*Volviéndose.*) ¡Ah, sí, la llave! ¡Dásela, amor mío! Que la guarde. Que se quede con ella. ¡María-Clara ya no la necesita! (*María-Clara da la llave a Simona.*)

SIMONA (*Tomándola.*) ¿Eh?

M. CLARA Sí, chica, sí... Ya ves... Me marcho. ¡Me voy!

ALBERTO ¡Ven, ven! (*Salen abrazados. Música dentro. Aplausos. Acaba la función. Empieza a salir gente.*)

SIMONA ¡Ah, tonta! ¡Qué manera de echarte a

perder la vida!

LILIANA La revista es bonita.

GABRIELA Sobre todo el final.

LOGERS Regular.

GABRIELA ¿Y la actriz?

LILIANA ¡Horrible!

LOGERS Pero muy guapa. (*Gritos bulliciosos, etcétera. El vals furioso de los Tzigants lo domina todo.*)

VOZ (*Dentro.*) ¡«La Prensa»! ¡La última edición de «La Prensa»!

BOTONES ¿Voy por el auto?

VOZ (*Dentro.*) ¡«El Intransigente»!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Sala en el piso de Alberto, de la calle de Lille, que sirve de sala de recibo, de comedor y de gabinete de trabajo. No hay lujo, pero... alegría y notas artísticas y caseras, al mismo tiempo. Al fondo, balcón y puerta. A las laterales, derecha e izquierda, puertas. Un piano. Un biombo. Una mesa, sillas. Cierto desorden y bastante polvo. Se ve que falta una mujer casera. Es al anochecer.

ESCENA PRIMERA

(*Los dos primeros acaban de comer.*)

ALBERTO ¿Has comido bien?

M. CLARA Ya lo creo. Aceitunas, solomillo, ensalada y caracoles.

ALBERTO No va a sentarte bien tanto vinagre. (*Levantándose.*) ¿Qué hora tenemos? (*Va a la chimenea.*) Vamos. El reloj vuelve a estar parado. ¿Pero es que no le das cuerda?

M. CLARA No. Y lo hago adrede. Quiero ver si se decide a marchar solo. Eso trae suerte.

CAMILA (*Habrá entrado y va quitando mantel y platos de la mesa.*) Al señorito le sobra tiempo. Traigo el café en seguida.

M. CLARA Y la «Chartreuse». (*Camila sale por la izquierda.*)

ALBERTO ¿Dices que trae suerte? ¡Qué tontería! ¿Pero es que crees en semejantes necedades?

M. CLARA No son necedades. Son relojes. ¡Claro que

creo en ellas! Y lo he comprobado muchas veces. (*El se ríe.*) ¿Te burlas, verdad?

ALBERTO ¡No, no, preciosa! Sólo que no me parece muy práctico, para saber la hora, el parar los relojes. Y como no quiero perder el tren...

M. CLARA Sí, es verdad. ¡El demonio del tren! Eso significa que hoy deberé acostarme sola. ¡Muy bonito!

ALBERTO ¡No, claro! Ya comprendo.

M. CLARA (*Coqueta.*) Lo que quiere decir que sigues, como de costumbre, burlándote de mí. ¡Como no me quieres!

ALBERTO ¿Yo? ¿Yo? ¿Que yo no te quiero? ¿A que no lo repites? (*Ella se escapa. El la sigue.*)

M. CLARA ¡Sí, sí, ea, lo repito! Sí, sí... No me quieres. No me quieres. ¡Feo!

ALBERTO (*Riéndose.*) ¡Vas a verlo! (*La alcanza, la besa y la abraza.*) ¿Que no te quiero, dices? Pues, anda, toma, toma y toma.

M. CLARA ¡Sí, sí, me quieres! Ya lo veo. (*Separándose.*) ¿Es verdad? Pero, ¿qué? ¿Vuelves mañana?

ALBERTO Sí, a las siete.

M. CLARA ¿De la noche? ¡Jesús! ¡Veinticuatro horas ausente! ¿Está muy lejos Ruán?

ALBERTO ¡Tres estaciones más allá del Polo Norte, señora mía! ¡Vamos a tocar música preciosa! ¡Magnífica! ¡Ah, qué gran idea tuvo la empresa al contratarme como director de orquesta! También va Parmén. ¡Es un solista maravilloso! ¡Ah, yo te prometo que vamos a hacer honor a los conciertos Bertolé, porque tendremos un exitazo! El de esta noche se da con motivo de la inauguración de una estatua de Beethoven.

M. CLARA No conozco a ese señor. (*Con gran naturalidad.*) Sí, pero con la excusa de Beeetho-

ven, me dejas en «depósito». Acabaremos por parecer... tú, el viajero... y yo, la maleta, que el viajero, distraído, deja olvidada siempre en un rinconcito de estación.

ALBERTO ¡Qué cosas dices!

M. CLARA (*Celosa, de pronto.*) Es que se acabó, ¿comprendes? Es que ya estoy harta de tanto viaje, y de que no me lleves nunca contigo.

ALBERTO Pero, ¿serás tonta? ¿Por qué me dices eso? Te quiero porque no te pareces a nadie. Y mira, hace ya tres meses... ¡Ah, si tuviéramos más dinero!...

M. CLARA ¿Más dinero? ¡Pst! ¡Qué me importa el dinero!

ALBERTO Pues a mí sí me importa. Acaso sea porque tengo sangre burguesa... porque estoy aferrado a la tierra. Pero, hija mía, sin dinero no se vive. ¡Las pequeñas deudas me horripilan! ¡Deja que se estrene mi ópera, y verás entonces! Y no sé por qué se me figura que no tardará en estrenarse... ¡Seremos ricos, alma mía! Nos casaremos.

M. CLARA (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Qué tonto eres!

ALBERTO ¿Por qué me contestas siempre así? ¿No te gustaría que nos casáramos?

M. CLARA ¡Sí! ¡Claro que sí! Sólo que a mí los grandes proyectos no me entusiasman. Y lo que se prepara con tanta anticipación..

ALBERTO ¡Ah! Es que en la vida, María-Clara, todo llega cuando se quiere. La vida va construyéndose como una casa.

M. CLARA No sé... Yo creo que la vida está formada por muchos días, que van pasando... pasando... y desaparecen lejos, muy lejos... Tanto, que ya no vuelven a verse más. ¡Adiós, buenas noches! En ciertas ocasiones se me antoja que en estas dos palabras se encierra toda la vida. Y los re-

cuerdos, tonterías. Y los proyectos, necedades. Y, al fin y al cabo, ¿qué? Pues amarse... hoy... ahora... mucho... tanto como se pueda. ¿Quieres algo más hermoso?

ALBERTO Pues bien, yo tengo mis proyectos. ¡Y muy hermosos! En primer lugar, el de vivir siempre juntos... Y en segundo lugar, el de casarme contigo. (*Ella hace un gesto.*) ¡El de casarme contigo, sí! No podemos vivir así, siempre. Y por esto, conviene ir con cuidado en lo que dices delante de la gente. Porque a Parmén y a su amiga les he dicho que te había conocido en casa de tus padres.

M. CLARA ¿Por qué? ¿Qué le importa a la gente el saber dónde me conociste, de dónde vengo, ni a dónde voy? Esto es cosa nuestra, y se acabó. ¿No eres libre tú?

ALBERTO Sí, pero es que yo trabajo por nuestra felicidad. ¡Por la tuya! ¿No eres dichosa?

M. CLARA ¡Sí, sí!

ALBERTO ¿En qué tono lo dices? ¿Te falta algo? ¿No estás bien en este cuartito, tan nuestro, en el que todo es calma y tranquilidad?

M. CLARA ¡Oh, sí!...En el que todo es calma y tranquilidad.

ALBERTO ¿Es que... acaso te aburres aquí?

M. CLARA No. Pero me tienes un poco secuestrada. ¿Por qué no soy yo quien va a Ruán, sola, a dirigir la orquesta?

ALBERTO (*Riéndose.*) ¡Dios nos libre de ello! Sólo faltaría esto. (*Entra Camila con una maleta vacía.*)

CAMILA Es la media, señorito. ¿Quiere que le prepare la maleta?

ALBERTO ¡Ah, diablo! Sí. Date prisa.

M. CLARA Espera que te ayudaré. (***Mientras ambas***

preparan el equipaje, sacando prendas de vestir de la cómoda, Alberto se sienta al piano y toca.) No me gusta eso que toca. ¿Y a ti, Camila?

CAMILA A mí, tampoco.

ALBERTO Pues a mí, sí. Es el preludio de mi ópera. ¡Plancha! (*Deja de tocar.*)

M. CLARA (*Corriendo hacia él.*) ¡Oh, pobre Albertito mío! ¡Perdóname! ¿Por qué no decirlo? Pensé que sería de aquel señor. ¿Sabes? (*Recordando.*) ¡Oh, como demonios se llama! Ah, sí, el señor Beethoven. Y claro... Dije lo que sentía.

ALBERTO No, no. ¿Eso qué importa?

M. CLARA ¿Te has enfadado, monín?

ALBERTO No. ¡Qué voy a enfadarme! No todos comprenden la música.

M. CLARA Afortunadamente, chico. Porque habría demasiados músicos. (*Pausa.*) Anda, no pongas esa cara. Y ponte eso... (*Le da un cordel que ha tomado de la chimenea, al que ha sujetado una medalla.*)

ALBERTO ¿Qué es...esto?

M. CLARA La medalla de San Miguel.

ALBERTO ¿De San Miguel?

M. CLARA (*Dando voces.*) Sí, de San Miguel. Cuando se viaja en ferrocarril debe llevarse siempre. Evita los choques y los descarrilamientos.

ALBERTO ¡Válgame Dios! Dame. (*Al coger la medalla contempla el cordel.*) Oye, María-Clara. ¿De dónde sacaste esto?

M. CLARA ¿La medalla?

ALBERTO No, el cordel. Es una cuerda de violín.

M. CLARA ¡Ah! Puede que sí.

ALBERTO Había dos en casa. ¿Dónde está la otra?

CAMILA (*Acabando de llenar la maleta.*) ¡Ay, señorito! ¿La otra cuerda? ¿La que estaba allí? La tomé yo para atar el pollo.

M. CLARA (*Riéndose.*) ¡Oh, tiene gracia! ¡Ja...

ja... ja!

ALBERTO ¿De modo que te hace gracia?

M. CLARA Ya lo creo.

ALBERTO Está bien. Está bien. (*Llaman a la puerta del piso. Timbre dentro, al fondo izquierda. De pronto, María-Clara, parece contrariada, a Camila.*) ¿Qué hace usted aquí, papando moscas? Vaya usted a ver quién llama.

M. CLARA (*Vivamente.*) No, aguarda. Iré yo. (*Sale por el fondo izquierda, y se la oye decir dentro.*) ¡Oh! Es Parmén y su señora. Pasen. Pasen. (*Entra seguida de Carlota y Parmén. Este trae una caja de violín. Camila ha hecho mutis.*)

ALBERTO (*A Parmén.*) ¿Cómo? ¿Tú? ¿No debíamos encontrarnos en la estación? (*A Carlota.*) ¿Cómo está usted, señora? ¿Viene usted con nosotros?

PARMÉN No. Ya no nos vamos. Acabo de recibir un telegrama, sin más explicación que ésta. (*Leyendo.*) «Inauguración aplazada. Suspendan viaje. *Bertolé.*»

ALBERTO Pues chico, la primera noticia. A mí nadie me ha avisado.

PARMÉN Ya te aviso yo.

M. CLARA ¿De modo que... no se van?

ALBERTO No. Estás contenta, ¿eh?

M. CLARA (*Contrariada, pero disimulando.*) Sí... sí... muy contenta. ¡Ya lo creo! Pero ¿qué vamos a hacer ahora? Porque supongo que no nos vamos a quedar aquí, jugando a las cuatro esquinas. Podríamos salir. Ir a un cine... Es una idea. ¿Hace? ¿Quieres, Alberto?

PARMÉN Imposible. ¿Y el concierto?

ALBERTO ¿Ah, supones que?...

PARMÉN Claro, desde el momento que no vamos a Ruán, hay que ir al concierto. No hay más remedio. Me han encargado que te avisara

y que viniera por ti. Por eso he llevado conmigo a Carlota, porque pensé que podría hacer compañía a María-Clara.

CARLOTA (*A María-Clara.*) ¿Le parece a usted bien, señora?

M. CLARA ¡Ya lo creo! ¡Muy bien! Con mucho gusto. (*Contrariada, pero disimulando.*) También podríamos ir a esperarles a ustedes, en el café de al lado del concierto. Es una idea. ¿No les parece a ustedes?

ALBERTO Sí... pero es una idea muy feliz.

M. CLARA ¿Por qué?

CARLOTA ¡Oh, quedémonos aquí! Vamos a estar divinamente. Es tan íntimo este cuartito. Mire usted. Traje mi labor, trabajaremos, charlaremos... Nos va a pasar el tiempo volando.

M. CLARA (*De mala gana, pero disimulando.*) Como a usted le parezca.

ALBERTO Y nosotros, chico, a nuestra cárcel cotidiana.

PARMÉN Tienes razón. Al pensar que dos grandes artistas como nosotros, que traen tantas cosas aquí... (*Se da un golpe en el corazón.*) y aquí... (*Otro golpe en la frente.*) Porque tu ópera va a estrenarse pronto. De esto no tengo la menor duda.

ALBERTO Espera, primero, que sea admitida en algún teatro.

PARMÉN ¡No ha de serlo! Pues tendría que ver. Y pensar que mientras esperamos los grandes días de gloria, hemos de ejecutar música ramplona para cuatro imbéciles.

ALBERTO No hay más remedio. Hay que ganar los cañamones para nuestras palomitas. (*Acariciando a María-Clara.*)

M. CLARA (*Dándole un golpe y separándose bruscamente.*) Está enjaulada tu palomita.

PARMÉN No tiene usted razón en quejarse. Sepa usted que Alberto es un gran artista, y de

la jaula no hay que hablar mal. ¿Qué no daríamos nosotros por tener otra igual, verdad Carlota?

CARLOTA ¡Ya lo creo! Pero la nuestra no es fea... Sólo que con el piano resulta más pequeña.

PARMÉN (*A Alberto.*) Es verdad, que tú no lo sabes. Hemos comprado un piano magnífico. ¡Qué tono! ¡Y qué dimensiones! Ocupa todo el salón.

CARLOTA Contando con el taburete.

M. CLARA ¿Y ustedes dan vueltas alrededor, no es eso?

PARMÉN ¡Eso es! Es una diversión como otra cualquiera. Esta tarde Carlota ha tocado una «suite».

CARLOTA (*Gravemente.*) Sí... de Schumann.

ALBERTO (*Con entusiasmo.*) ¡Oh, Schumann!

PARMÉN (*Con lirismo.*) ¡Chico, Schumann! ¿Qué melancolía tiene, ¿verdad?

CARLOTA (*Extasiada.*) ¡Y qué amor! ¡Cómo vibra bajo los dedos, y cómo se adueña del corazón! Cuando toco Schumann, me transfiguro, me extasío, me vuelvo loca.

PARMÉN (*Con religiosidad.*) Hace llorar.

M. CLARA (*De golpe, con gran sencillez.*) Pues a mí sólo hay una música que me haga llorar. El final de «La Boheme». (*Estupor general. Pausa.*) ¿A ustedes, no?

PARMÉN Sí, sí, a mí también. A mí me vuelve loco el final de «La Boheme». ¿Vamos, Alberto? (*A Carlota.*) Espéranos.

ALBERTO (*A María-Clara.*) Hasta luego, preciosa. (*Abrazo, beso, y aparte.*) Sobre todo, mucho cuidado al hablar. Procura dominarte.

M. CLARA (*Aparte a Alberto en tono cómicamente pueril.*) ¡Claro! ¡Como soy tan tonta! (*Alto y riendo.*) ¡Anda, anda, señor Schumann! Hasta ahora. (*A Parmén.*) ¡Y usted también, hasta ahora, señor Beethoven!

PARMÉN No tanto, señora, no tanto.

M. CLARA ¿Por qué no? Hay que ser ambicioso, señor mío. Zalamerías aparte, y al pan, pan. Y al vino... «Chartreuse». ¿Estamos? (*Alberto y Parmén salen por el fondo. Extrañeza de Carlota ante el modo de hablar y maneras de María-Clara.*)

CARLOTA Ahora vamos a sentarnos aquí como dos señoras de su casa, y la velada va a pasarnos en un soplo.

M. CLARA Siéntese, siéntese. Sin cumplidos. Como si estuviera usted en su casa.

CARLOTA Gracias. Es usted muy amable y muy simpática. Yo voy a trabajar un poquito mientras hablamos. ¿Me hace usted el favor de una aguja de bordar?

M. CLARA ¡Oh!... Pues... verá usted... Es que no sé si hay en casa... Pero... ¡Camila, Camila! (*Dando voces.*) ¿Tienes, por casualidad, agujas de bordar? (*Entra Camila, trayendo una lámpara con pantalla, encendida, que deja encima la mesa, cuyo mantel y servicio quitó a su tiempo, y la que habrá cubierto con un tapete.*)

CAMILA En mi casa sí tengo, señorita... Pero aquí... ¿De dónde quiere usted que las saque? Si aquí nadie cose. (*Sale.*)

M. CLARA (*A Carlota.*) Aguarde. Tengo una. La encontré en la escalera, anteayer. (*De pronto, cambiando de idea.*) ¡Ah, no!... ¡Es imposible! No puedo dársela.

CARLOTA ¿Por qué?

M. CLARA Porque tenía la punta mirando hacia arriba. Y como yo subía la escalera... Es una aguja que trae suerte y no la suelto. ¿Comprende usted?

CARLOTA ¡Oh! Parece mentira que una señora inteligente como es usted, crea en semejantes paparruchas.

M. CLARA ¿Qué le va usted a hacer? Creo en ellas,

tanto si a usted y a Alberto les parece bien como no.

CARLOTA ¡Ah! ¿Con que Alberto...?

M. CLARA No cree en nada, Alberto. Y yo le aseguro a usted que hay cosas... como las medallas, las agujas, el sol filtrándose a través de los árboles, y tantas otras... en que debe creerse a pie juntillas. ¡Ya lo creo!

CAMILA (*Entrando.*) Tome usted, señora. Aquí tiene usted una aguja. Me la ha dado la muchacha del tercero.

CARLOTA Gracias.

CAMILA Es lo que yo digo a la señorita. En una casa debe de haber siempre agujas, porque o si no...

M. CLARA (*A Camila.*) Tú, lo que debes hacer es traerte la «Chartreuse» en seguida. (*Camila sale murmurando.*)

CARLOTA ¿Entonces, usted, María-Clara, no trabaja nunca?

M. CLARA ¿Yo? ¡Si no sé coser! (*Se habrán sentado una a cada lado de la mesa, y mientras Carlota pónese a bordar, María-Clara, bajo la luz de la lámpara, coge una baraja y va alineando los naipes, echando la suerte.*)

CARLOTA ¿No le enseñaron sus padres?

M. CLARA ¿Mis padres? Otros quebraderos de cabeza tuvieron que enseñarme a coser. (*Se ríe. Camila entra y coloca una botella de «Chartreuse» encima de la mesa y dos copitas. María-Clara dice a Camila*:) ¿Qué te parecen estas dos bases?

CAMILA (*Extasiada.*) ¡Oh! ¡Todo por cuatro!

M. CLARA Cuatro ases. Buena suerte, ¿eh?

CAMILA ¡Ya lo creo! Cuatro reyes. Protección de hombre. ¡Vaya una ganga!

M. CLARA Sí, pero mira, cuatro sotas. Habladurías. Nada.

CAMILA Ha de vivir usted prevenida. (*Sale.*)

M. CLARA (*Se ríe.*) Camila es como yo. Cree en los naipes. Uno... dos... tres... cuatro... cinco. Por la noche. Visita de un señor moreno. (*Contando en voz baja.*) ¡Oh, qué ganga! ¡Todos los ases! ¡Dinero! ¡Mucho dinero! ¡Ja, ja, ja! (*Se ríe.*)

CARLOTA (*Bordando.*) Esto significa que la ópera de Alberto se estrenará pronto.

M. CLARA Puede que sí. (*Indiferente.*) Tres sietes... ¡Una contrariedad! ¿Eh? (*A Carlota.*) ¿Quiere usted una copita de «Chartreuse»?

CARLOTA No, gracias. Es malo eso. No beba usted eso.

M. CLARA (*Riéndose.*) Pues hija mía, mi padre vivió sesenta años, y sólo bebía eso.

CARLOTA Siempre hay excepciones. ¿A qué se dedicaba su padre de usted?

M. CLARA (*Con aturdimiento. Distraída con los naipes.*) Era cochero de punto. ¡Ah! ¡Pst!... ¡Disputa! ¡Oh, no! ¡Eso no! (*Tira los naipes. Se levanta y pasea aburrida. Carlota trabaja. Pausa. De pronto, María-Clara dice:*) ¿De modo que a usted le gusta esta vida tranquila? ¿Le gusta coser, vivir encerradita en su casa, hacer cada día lo mismo, sin esperar jamás lo imprevisto, verdad?

CARLOTA Sí, sí, lo confieso. Y no me aburro. Aunque fuese rica trabajaría, me ocuparía de mi casa. Una nace así. ¡Me gusta tanto la vida ordenada! Mi único ideal es pasar la velada bajo la luz del quinqué, con Parmén, que pronto será mi marido.

M. CLARA ¡Qué cosa tan rara! No lo entiendo. Debo tener los demonios en el cuerpo Pero me aburro. Y no sé por qué. Adoro a Alberto. Es bueno, me gusta. No lo entiendo, pero me falta algo. Como si fuese una flor nacida para ser libre, que han colocado en una maceta... ¿comprende usted? En una

maceta... ¡Y es terrible! ¡Sí, una es **así**! Todo lo que a mí me agrada, desagrada a Alberto. Es demasiado serio y demasiado formal, para mí, Alberto. No sé.

CARLOTA ¡Oh, eso no! Jamás lo es bastante un hombre serio y formal. La formalidad y la seriedad no excluyen ni la fantasía, ni la belleza, ni la alegría. Sólo que es una misma quien debe creársela una vida íntima. Porque, de lo contrario, ya se sabe... una acaba por aburrirse.

M. CLARA (*Pensativa.*) Eso es lo que me sucede a mí.

CARLOTA Piense usted que, además, ni Alberto ni Parmén, ni usted ni yo, somos ricos. Pero Alberto lo será con el tiempo. Créame usted. Y entonces podrá salir mucho a la calle. Tendrá usted preciosos trajes...brillantes...

M. CLARA Sí, pero me aburriré más, todavía.

CARLOTA ¿Usted cree...?

M. CLARA ¿Qué me importan a mí el lujo, los trajes y los brillantes? Cuando era niña me gustaba correr por las calles, sin dirección fija... Hacia donde nos empujaba el viento, que me despeinaba. Y abría los ojos, tanto como podía, y lo miraba todo. Pues bien, ni entonces ni ahora he sentido envidia de las señoronas más ricas y elegantes. No soy como ellas, yo... Si lo fuese, me parecería grotesco, absurdo, estúpido. Hace unos días Alberto me llevó a la Opera. Ocho días antes ya estaba loca de alegría, al pensar que iba a darme ese gusto, tan nuevo para mí. Me hablaba de la suntuosidad del teatro, de los cantantes... Hasta me compró un traje nuevo. Fuímos... Pues bien, tuve una desilusión. Sentí una especie de malestar, de tristeza... como si me encontrase sola, entre aquellas gentes, que no me interesaban, y que estaban tan lejos

de mí. ¿Qué quiere usted? ¡Soy una salvaje! No puede usted imaginarse lo que sufro aquí en este cuarto piso de la calle de Lille.

CARLOTA ¡Es raro! ¿Donde nació usted?

M. CLARA (*Con repentino entusiasmo.*) ¡En Montmartre! ¿Ha estado usted?

CARLOTA Poco.

M. CLARA ¡Ah! Así no puede usted saber lo que es Montmartre. ¡Es la animación, el movimiento, la vida, la montaña! Alberto no quiere llevarme nunca a Montmartre. Tantas amiguitas que tengo allá... Me prohibe el ir a verlas. ¿Ha visto usted qué rareza?

CARLOTA Debe usted tener paciencia. Todo se arreglará.

M. CLARA Pero yo las veo sin que él se entere. Y precisamente esta noche... (*Suena dentro el timbre de la puerta de la escalera.*) ¡Son ellas!

CARLOTA ¿Quiénes?

M. CLARA Verá usted. Como creía estar sola, dije a dos amigas que subieran un ratito a verme. Como no sabía que tendría el gusto de... En fin, de que usted me honrase con su visita... Pero, no importa. ¡Si la contraría, las echo, y en paz!

CARLOTA ¡Al contrario! No faltaría más. Tendré sumo gusto en conocerlas, desde el momento en que son amigas de usted. (*Rumor de voces en el fondo.*)

CAMILA (*Entrando, fondo.*) Señorita... Son las amigas que... ¿Sabe usted?

CARLOTA (*Interviniendo con gran amabilidad.*) Que pasen. Que pasen en seguida. (*Entran Simona y Susana, vestidas de manera llamativa.*)

SUSANA ¡Hola, hija mía! ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida?

M. CLARA (*Contenta.*) ¡Hola, Susana!

SIMONA ¡Hola, monina! Es tarde, ¿verdad? Tiene la culpa el imbécil del Royal, que nos ha entretenido.

SUSANA ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡Las cosas que tengo que contarte!

SIMONA Pues, ¿y yo? Desde que te fuiste, en Montmartre sólo se habla de ti, chiquilla (*Contrariada, Carlota se retira a un rincón como si quisiera desaparecer.*)

M. CLARA ¡Oh no podéis imaginaros cuánto me alegro de veros a las dos!

SUSANA (*Reparando en Carlota.*) ¡Pero, muchacha! Tienes visitas. No lo sabíamos. Si molestamos...

M. CLARA ¡Qué disparate! ¡Al contrario! Voy a presentaros. (*A Carlota, con visible preocupación de proceder correctamente.*) Usted ya me perdonará, ¿verdad? Pero hacía tanto tiempo que no las veía... (*Ceremoniosa.*) La señora Carlota Parmén... «Amiga» de un amigo de mi «amigo». La señora Susana Latruche, íntima amiga mía... Y la señorita Simona... No recuerdo su apellido.

SIMONA No importa. Con decir la mujer del gran Alfredo, hemos concluído. Ya verás como todo el mundo me conoce. (*Carlota se pone seria. Pausa violenta.*)

M. CLARA Pero sentaos. Sentaos.

CARLOTA (*A María-Clara.*) Con el permiso de ustedes, seguiré bordando.

M. CLARA Sí, sí... ¡Ya lo creo! ¡No faltaría más! (*Se sientan todas. Pausa.*)

SUSANA (*Por decir algo.*) Vaya, vaya.

M. CLARA ¿Y, pues, cómo va eso?

SUSANA Mira, por ahora, tirando.

SIMONA ¿Y tú? (*A María-Clara.*)

M. CLARA ¿Yo? Pues tirando también. (*Pausa.*)

SUSANA (*A Carlota, de pronto.*) ¿Y usted, señora, también va tirando?

CARLOTA Sí, señora. Gracias.

SIMONA Menos mal.

SUSANA Pues yo tengo vahídos, jaqueca y no puedo pegar los ojos en toda la noche. No sé a qué atribuirlo.

SIMONA A la vida imposible que llevas. Es un no parar nunca.

CARLOTA ¿No será otra cosa? ¿Un chiquitín en perspectiva? ¿No? (*Con toda ingenuidad y buena intención.*)

SUSANA (*Alarmada.*) ¿Quiere usted callarse? ¡Jesús! ¡Eso, ni en broma, señora! ¿Qué se ha figurado usted?

SIMONA (*Riéndose.*) No podía decirle cosa peor.

CARLOTA No hay que tomarlo tan a pecho. Yo tengo un chiquitín... Y muy guapo, por cierto.

M. CLARA ¡Ah! ¿Sí? No lo sabía. ¿Qué edad tiene?

CARLOTA (*Orgullosa.*) Dos años.

SIMONA (*Compadeciéndola.*) Una imprudencia, ¿verdad?

CARLOTA No, señora. ¡No! (*Molestada, baja la cabeza y sigue bordando.*)

SIMONA Pues no lo entiendo. (*Instintivamente, Susana, Simona y María-Clara, forman grupo aparte de Carlota.*)

SUSANA (*A María-Clara.*) ¿Con que desertaste? ¿Ya no te veremos más por allá? ¡Oh! Con lo que se te echa de menos. Tengo un sin fin de encargos para ti. He visto a Eduardo.

SIMONA Creo que está con la Gran-Yrma.

M. CLARA No.

SIMONA Me lo dijo Eva-Adán.

SUSANA ¡Oh! A propósito de Eva-Adán. ¡Qué diablos de muchacha! Lo que se cuenta de ella. ¡Jesús!

SIMONA (*A Susana.*) Déjame acabar con lo de la Gran-Yrma. Ya le contarás después lo de Eva-Adán.

M. CLARA (*Con alborozo.*) ¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Qué contenta! ¡Qué feliz soy! (*Carlota, al ver que prescinden de ella, se da cuenta de qué clase de mujeres son las tres, y para no oirlas se levanta y va poquito a poco a sentarse al piano, tocando muy bajo, para ella. Las otras tres han hablado bajo, amenizando el cuchicheo con grandes risas.*)

SUSANA ¡Oh!

M. CLARA No, eso a mí me repugna. Me pone neurasténica.

SUSANA ¿Cómo has dicho?

M. CLARA Neu-ras-té-ni-ca. Una enfermedad que, según Alberto, tengo yo, con carácter intermitente.

SUSANA ¿Y en qué consiste?

M. CLARA Pues, en que todo se ve negro... en que todo aburre. Y cuando me dicen algo que me contraría, que no es de mi gusto, o que no entiendo, me enerva, me pone enferma, y, por lo tanto, neurasténica.

SUSANA ¡Ya! Nosotras no la tendremos nunca esa enfermedad. ¿Verdad, Simona?

SIMONA ¡Qué vamos a tener! (*En este momento Carlota toca en el piano el «Allegretto» de una sinfonía de Beethoven.*)

SUSANA ¡Anda, morena! Vaya un «fox-trot», más airoso.

SIMONA Es nuevo. No lo había oído. ¿Bailémosle, Susana? (*Se levantan y se disponen a bailar. Carlota deja de tocar.*)

SUSANA Siga, siga usted, señora. Vamos a bailarlo. Es precioso.

CARLOTA (*Molestada.*) ¡No, no! Imposible. Esta música no se escribió para bailar el «cake-walk».

SUSANA ¿Cómo? ¿Qué dice usted? De dónde sale con el «cake-walk». Poco entendida es usted en bailes, señora.

CARLOTA Sea el baile que fuere, no ha de servir para eso la música de Beethoven. Y si se figuran que he de seguir tocando, están ustedes equivocadas.

SUSANA Quien está equivocada es usted Ha confundido el «fox-trot» con el «cake-walk». No sé quién es más tonta. Pero hija mía, cada una entiende en su especialidad. Por lo visto, usted también padece de la enfermedad de esa. (*Señalando a María-Clara.*) También está usted neurasténica.

CARLOTA (*Secamente.*) Basta, señora. Es inútil discutir. No nos entenderíamos, ni la convencería. Seguiré bordando... Y aquí, no ha pasado nada.

SUSANA (*Con ira.*) Muchísimas gracias, señora, por su... amabilidad.

CARLOTA La música dulcifica las costumbres. ¿Lo ven ustedes?

SUSANA (*Con ira.*) Sí, nos hemos quedado muy... «azucaradas».

M. CLARA (*Desde el fondo.*) Vamos, basta, Susana. Hablemos de otra cosa. No se hable más de música.

SUSANA (*Melosa, pero con mala intención.*) Pero, ¿por qué? ¿Verdad, Simona? Si a la señora le gusta hablar de música, no sé por qué no hemos de hablar de música. Eso, sin contar que la música embellece... y proporciona cierto gusto en el vestir. (*Señalando el traje sencillo y sin pretensiones, de Carlota.*)

SIMONA (*Lo mismo.*) ¡Claro! Y algunas veces un chiquitín, ¿verdad, señora?

CARLOTA ¡Oooh! (*Se levanta emocionada, casi llorando.*)

M. CLARA (*Enfadada seriamente.*) ¡Basta! ¡He dicho que basta! Sois, además de malas, estúpidas. (*A Carlota.*) Perdone usted, señora, por todo lo que le han dicho. Yo no

tengo la culpa. Ya lo ve usted.

CARLOTA Déjelas. No vale la pena. La culpa es mía por haberme dejado llevar de los nervios hasta tal punto. Procuraré dominarme.

SUSANA (*Riéndose.*) ¡Jesús! ¡Qué sensitiva!

SIMONA ¡Ja, ja! ¡Una pastita flora!

M. CLARA (*Con gran sinceridad.*) No, Carlota, no vuelva usted a sentarse. No es el lugar que a usted le corresponde, aquí, entre nosotras. Y ya no tenía de haberla expuesto a oir ciertas cosas. Márchese usted. Créame. Vale usted más que nosotras. ¡Ah, si yo pudiera parecerme a usted! Algunas veces lo pruebo... pero no puedo. Me conozco. Me doy cuenta de ello. Tome. Aquí tiene usted el sombrero. Váyase. Y perdónenos, tanto a mí como a ellas.

CARLOTA (*Que se ha puesto el sombrero.*) No, no, María-Clara, no. La culpa es mía. Pero ya que usted lo quiere, me voy, dándolo todo por olvidado. Se lo aseguro a usted.

M. CLARA Gracias. Pero, de todo esto, ni una palabra a Alberto, sobre todo.

CARLOTA No tema usted. (*Sale.*)

M. CLARA Me habéis hecho quedar divinamente. ¡Qué tontería! Hubiérais podido demostrar mejor educación. Sobre todo con gente a quien apenas se conoce. Vamos, que no sabéis vivir. Que no seréis nunca nada.

SUSANA Sólo falta que tú nos mires por encima del hombro. ¡Hija mía! Estás desconocida. ¡Jesús, qué orgullo!

M. CLARA Soy la misma de siempre, por desgracia.

SIMONA Déjala. Es dichosa. Todo le sonríe.

M. CLARA Eso sí. Soy muy dichosa.

SUSANA ¡Sí que te contentas con poca cosa! Porque, hija mía, yo en tu lugar...

M. CLARA ¿Qué harías?

SUSANA Todo lo contrario de lo que tú haces. Ni más ni menos. (*Seriamente.*) Pero tú ya

me entiendes, ¿verdad? No es la primera vez que te hablo de ello. Ya sabes que con sólo hacer un gesto... ¿Verdad, Simona?

SIMONA ¡Ya lo creo! ¡El dinero que tendrías!

M. CLARA Os conozco. Sé a qué os referís. Pero si supiérais lo que me repugna el oir hablar de eso, no volveríais a las andadas.

SUSANA ¡Qué tontísima eres! Ven acá, María-Clara. Oye. Logers, te quiere. Dice que pidas por esa boca. ¿Tú te acuerdas, verdad, de aquella noche en el «Moulin Rouge»? De la noche en que te fuiste con Alberto para no volver. Estaba loco por ti, Logers aquella noche. Y, después, me ha preguntado por ti más de mil veces.

M. CLARA Dile que para lo que él me quiere, soy aún demasiado joven.

SIMONA Ya la estás oyendo, Susana.

SUSANA (*A María-Clara.*) Pero, ¿y el porvenir?

M. CLARA ¿El porvenir? No le conozco. ¿Le has visto tú, alguna vez? Preséntamelo.

SUSANA ¡Siempre que quieras te lo presentaré, boba! Es estupendo. Automóvil, hotelito, perlas, diamantes, sedas, encajes. ¡El paraíso! Di que sí, y serás la mujer más mimada de París.

M. CLARA (*En broma.*) Pues, hija, no sé qué espero para decidirme.

SUSANA (*En serio.*) Esto es lo que yo pregunto.

M. CLARA Pues espero ser vieja, fea, apergaminada. no tener corazón ni sentidos. Entonces veré a Logers. Cuanto más tiempo habrá pasado, más me querrá. Y le diré: «Estoy a su disposición». Y Logers me cubrirá de millones. Pero, ¿por qué me miráis así? ¡Jesús, qué caras! No hay para tanto. Al fin y al cabo estoy contando un cuento.

SUSANA (*Ofendida.*) ¡Está bien! ¡Está bien! Tú sabrás lo que te conviene. Pero mira que

yo acaso te conozco más de lo que tú supones. Aquí tú te aburres.

M. CLARA ¿Eh? (*Herida.*)

SUSANA Mortalmente. Basta con verte. Has envejecido aquí, en la calle de Lille.

M. CLARA ¿Eh?

SIMONA Yo no me atrevía a decírselo.

SUSANA Pues yo sí me atrevo. Nos echas de menos, no lo niegues.

SIMONA Y la prueba es que siempre estás deseando volvernos a ver.

SUSANA Eso es. Porque si fueses tan dichosa, y estuvieses tan enamorada, ¿qué necesidad tendrías de vernos? ¡Más claro, agua!

M. CLARA (*Muy seria.*) Es verdad. No lo niego. Paso días horribles... en los que las horas me parecen años. Pero... de todos modos... Alberto es Alberto. Y, además, qué sé yo, le quiero. Y, como no se puede tener todo en la vida... eso durará... lo que dure. (*Pausa. Entran Alberto y Parmén por el fondo.*)

ALBERTO (*Con frialdad, al ver a Susana y a Simona.*) ¿Eh? ¡Cómo! ¿Qué significa esto?

PARMÉN ¿Dónde está Carlota?

M. CLARA Se ha marchado.

ALBERTO ¿Por qué?

M. CLARA No sé. Dijo que le dolía la cabeza. Seguramente se habrá aburrido.

PARMÉN ¡Ah! (*A Alberto.*) Pues me voy a casa. Carlota ya debe estar allá.

ALBERTO Adiós, y perdona. Porque me parece adivinar el por qué Carlota se habrá visto obligada a marcharse. (*Mirando a Simona y a Susana.*)

PARMÉN Por Dios, Alberto. ¡Eso, ni en broma! (*Sale.*)

M. CLARA ¡Jesús! Qué poco educado es tu amigo. También hubiera podido despedirse.

ALBERTO Es que no se va muy contento, y le sobra

razón, porque lo mismo me sucede a mí. De modo que estamos iguales.

SUSANA Oye, María-Clara, nosotras nos vamos.

ALBERTO Sí; es lo mejor que pueden ustedes hacer. Se lo agradeceré a ustedes en el alma.

SIMONA Ya nos vamos, ya. Pero hijo mío, se conoce que es usted hombre de pocos amigos. ¡Jesús!

SUSANA ¡Qué tipo! Pronto le mandaría a paseo. Vamos, Simona. ¡Adiós, María-Clara! Hasta otro ratito. (*Contestando a una mirada furiosa de Alberto.*) ¡Jesús! ¡Que viene el coco!

ALBERTO (*Sin poderse contener.*) Efectivamente, no se hizo para sus dentaduras este coco, ¡brujas!

SUSANA ¿Eh? ¡Nos ha dicho brujas!

SIMONA ¡Y desdentadas!

SUSANA ¿Tienes ya la muela del juicio, nene?

SIMONA ¡Músico había de ser! (*Salen riendo.*)

ALBERTO ¡Eso ya es el colmo! ¡No se concibe cinismo mayor!

M. CLARA ¿Por qué viniste tan pronto?

ALBERTO Lo sientes, ¿verdad? Pues porque no nos necesitaban en el concierto. A pesar del viaje suspendido, han combinado el trabajo, prescindiendo de nosotros.

ALBERTO ¡Ya lo veo! Lo que no comprendo el atrevimiento de esas mujeres. ¡Permitirse venir a mi casa!

M. CLARA A nuestra casa. Yo les escribí para que vinieran.

ALBERTO Pero, ¿por qué?

M. CLARA Para tener el gusto de verlas. Al fin y al cabo, son amigas mías. Y me proponía salir con ellas esta noche.

ALBERTO ¡Esto ya es demasiado!

M. CLARA No sé por qué.

ALBERTO Es que no se trata de ellas, sino de ti. ¿Por qué te empeñas en frecuentar esa

clase de gente, eh?

M. CLARA ¡Porque es la mía! ¡La de mi clase!

ALBERTO La de tu pasado querrás decir. Pasado que hay que borrar a toda costa.

M. CLARA Nada se borra en este mundo. Y basta. Ya me conocías cuando te lianste conmigo. No sé de qué te quejas. Te quiero; no te engaño... ¿Te propones hacerme cambiar de carácter? ¡Eso no es posible! Pero si has de seguir así, si te da vergüenza el haberte enamorado de mí, vale más hablar claro.

ALBERTO ¡No! Eso no, María-Clara. Soy un hombre que sabe lo que hace y lo que quiere. Entre tu conducta y la mía hay mucha diferencia. Yo no reniego de lo que fuí, pero tampoco lo voy pregonando a voz en grito. Pero tú, al revés. Parece que te complaces en hacer gala de lo que no eres. Y, eso, francamente, es deplorable. No puedes imaginarte hasta qué punto.

M CLARA Pero la culpa no es mía. Eres víctima de un error. ¿Es que no me quieres?

ALBERTO ¿Cómo puedes decir eso, María-Clara?

M. CLARA Puedo decirlo, porque no soy la que tú quieres, la que tú te has forjado a tu gusto, sino otra mujer muy distinta. Porque yo soy una salvaje; porque mis padres, no los que me echaron al mundo, sino los otros, los que vivían en tiempos en que aun no había ferrocarril, iban por el mundo en un carro, andando siempre, por unas carreteras que no se acababan nunca. Y un día llegaron a Montmartre. Y les gustó tanto, que se instalaron allí. Después toda mi familia vivió en las casitas de por allá. Pero yo, sintiendo correr en mis venas el amor a la libertad, fuí, soy y seré la bohemia de la plaza Blanca, la hija de Montmartre. Ya ves. ¡Sólo al recordarlo parece que me vuelvo loca! Pero... ¿por qué

lloras?

ALBERTO (*Llorando.*) Porque me da pena el oirte. ¡Mucha pena! Porque, cuando me hablas así, parece que el corazón se me para... que deja de latir, como si el más hermoso de mis ensueños comenzara a desvanecerse... ¡Oh! ¡Vivir juntos los dos! Sencillamente, regularmente... Como todo el mundo.

M. CLARA Es que el ser como todo el mundo me exaspera.

ALBERTO ¡Oh, María-Clara! ¡Y pensar que hace poco hablé con Parmén de mis proyectos... de ti!... Y le decía... lo que siempre te hace reir. Que quiero casarme contigo.

M. CLARA ¡Tonto! ¿Es decir que eres incorregible? ¿Casarte conmigo! No he de permitir que cometas semejante locura. Te quiero demasiado. ¿Qué ibas a hacer de mí... más adelante... cuando nos hubiésemos cansado el uno del otro, eh?

ALBERTO Pero ¿es que tú crees que puede suceder eso? ¡Ah, no!... Yo no lo creo.

M. CLARA ¡Calla! (*Se abrazan y besan.*) ¡Tonto, más que tonto!

ALBERTO (*Con amor entristecido.*) Sí, tonto. Más que tonto soy. Tienes razón. (*Suena dentro, frenéticamente, el timbre de la puerta de la casa. Se sorprenden, se separan.*) ¿Eh? ¿Quién será?

M. CLARA No sé. Camila se marchó ya.

ALBERTO No abramos.

M. CLARA ¡Al contrario! Así te distraerás. Y, además, que los naipes me han dicho que iba a tener hoy una alegría muy grande. ¿Y si es la alegría quien llama a nuestra puerta? (*Va a abrir corriendo. Se la oye hablar dentro.*) ¡Oh, pero cómo! ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo está usted?

ALBERTO ¿Quién es? (*Entra por el fondo María-*

Clara precedida de Tavernier.)

TAVERNIER ¡El diablo!

ALBERTO ¿Usted? Pero, ¡qué susto me ha dado! Estoy temblando todavía.

TAVERNIER ¡Hijo mío! Es mi sino el asustar a las gentes.

M. CLARA ¿Tanto le temen a usted?

TAVERNIER Con razón, porque muerdo.

ALBERTO No lo creas, porque no es verdad. Conmigo ha sido siempre muy bueno.

TAVERNIER ¡Oh, es que tú no eres un hombre todavía! Eres un muchacho. Yo sólo ataco a los que ya tienen la muela del juicio.

M. CLARA (*Riéndose.*) ¡Ja, ja, ja!

ALBERTO ¿También usted? ¡Oh!

TAVERNIER Silencio y óyeme. Mírame. Aquí donde me ves, soy la alegría.

M. CLARA ¿Eh?

TAVERNIER ¡Sí, la alegría, la fortuna, la gloria! Los enemigos que brotan por todas partes. Generación expontánea. Soy... un gran cartel que anda solo y dice con letras enormes: «Estreno».

ALBERTO ¿Cómo?

TAVERNIER ¡Pega un salto y llega hasta las nubes, imbécil! Tu ópera va a estrenarse muy pronto.

ALBERTO (*Como un loco.*) ¿Qué? ¡No, Tavernier! Pero ¿es verdad? ¿No es una broma?

TAVERNIER ¿Broma? ¿Con quién te figuras que hablas tú, muchacho?

M. CLARA (*Saltando y palmoteando.*) ¡Oh, ya lo decían los naipes! Cuatro ases y el nueve... Si no podía ser más claro. ¡Oh, qué feliz soy!

TAVERNIER Eso es, chiquilla. Eso es. (*A Alberto.*) Pues verás. Comía yo esta noche con los empresarios del Teatro Lírico, y comencé a pincharles porque no estrenaban nada verdaderamente notable: «Cállese, me han con-

testado; la semana próxima empezaremos a ensayar la ópera de Alberto Marechal.» Parece que lo decidieron hoy. ¡Has tenido suerte, chico! Estrenas, porque no saben qué hacer... Pero, qué más da; lo importante es estrenar. Puedes estar tranquilo. Conozco la partitura. Es admirable. Acaso demasiado... y eso es lo que me alarma. Pero es igual... Además de los críticos está el público. (*María-Clara se ha puesto a bailar sola un vals de moda que ella misma tararea.*)

ALBERTO — Vamos, María-Clara, por Dios. Ten juicio.

TAVERNIER — Déjala. Si está dando la nota justa. Expresa la alegría que siente, de la manera más sencilla y adecuada. Y, además, un músico como tú, no debe extrañar que se interprete la alegría, bailando un vals. Anda, ven, chiquilla... Vamos a bailar los dos. (*Cogiéndola por la cintura, y bailando el vals con ella.*)

ALBERTO — Eso significa que yo soy el más viejo de los tres. ¡Pero Dios mío! No vuelvo de mi asombro. ¡Qué suerte!

TAVERNIER — (*Dejando de bailar.*) ¿Verdad? Yo no cabía en mi pellejo de alegría. Y en cuanto he tomado café, me he metido en un taxi... y «plan» hacia el concierto Bertolé.

ALBERTO — Ya no me verán más por allá.

TAVERNIER — Lo supongo. Pero, no estabas... vuelta otra vez al taxi... y «plan». Hacia aquí. El taxi me espera en la calle.

ALBERTO — Pero ¿es que ya se va usted?

TAVERNIER — Sí, quiero ir un momento al periódico. Mañana publica una caricatura terrible. Y después... a pasar la noche en Montmartre. Como siempre. Ya sabéis que soy noctámbulo. Pero hoy os venís conmigo, ¿eh? Vamos a celebrar el fausto acontecimiento, con una juerga que se prolongue hasta el

día. (*Recitando.*) «Hasta que el risueño día toque con su pie la nebulosa cumbre de las montañas.» (*Parodiando la frase de Romeo y Julieta.*) «No, no es la alondra... es el trapero que pasa, llevándose a la Noche, agazapada, dentro del saco.» Y hasta que brille el sol, no nos acostaremos. En marcha, pues, hijos míos. ¡A Montmartre!

M CLARA ¡Oh, Tavernier! Es usted un tipo estupendo. Sí, sí, estupendo. No retiro la frase. (*Loca de alegría.*)

TAVERNIER Lo mismo digo, preciosa.

M CLARA ¿Verdad que sí? (*Salta, baila tumbando sillas. Tavernier toca furiosamente el piano. Suenan golpes en el suelo. Son los vecinos del piso inferior que se quejan.*)

ALBERTO No metan ustedes tanto ruido. ¿Oyen? Los vecinos se quejan.

TAVERNIER Esto es la vida: En cuanto uno es feliz, molesta a los vecinos. (*A Alberto.*) Pero ¿qué tienes? ¿A qué viene esa cara? ¿Es que acaso no estás contento?

M. CLARA Yo tengo la culpa. Le hice rabiar un poquito, antes de que usted llegara.

TAVERNIER Pues haberlo dicho. Anda, yo voy delante. Las paces en seguida. Firmadlas con un beso y un abrazo. Pero sin entreteneros demasiado. Pensad que esta noche, entre el champagne y los «tzigants», todo va a ser azul. Y como el Molino es siempre rojo y pasaremos la noche en blanco... tenemos, con ello, la bandera francesa. (*Sale por el fondo.*)

(*Alberto permanece inmóvil en un rincón, con la cabeza baja, pensativo. Ella le contempla, sonriente, y le abraza.*)

M. CLARA Anda, ¿vamos, Alberto?

ALBERTO ¡No!

M. CLARA (*Sonriendo todavía.*) No seas tonto, ven.

ALBERTO ¡No!

M. CLARA ¿Por qué?

ALBERTO Porque no quiero.

M. CLARA ¡Yo te lo pido!

ALBERTO ¡No! Después de lo que acaba de pasar... hace poco...

M. CLARA Después de lo que pasó hace un siglo, querrás decir... Pronto va a estrenarse tu ópera... Anda, ven.

ALBERTO Precisamente porque mi ópera va a estrenarse pronto, no quiero ir... Tú no me quieres.

M. CLARA ¡Oh... pero, si te adoro! Bien lo sabes tú.

ALBERTO Pues si me quieres, quedémonos aquí... en nuestra casa.

TAVERNIER (*Dentro.*) ¿Qué hacéis? ¿No venís?

M. CLARA (*Contestándole a gritos.*) Sí, sí, espere un momento. Me estoy poniendo el sombrero. (*Se lo pone. A Alberto.*) Anda, decídete. No puedes imaginarte cuánto deseo ir esta noche... a... Será la última vez que vaya. ¡Te lo juro!

ALBERTO María-Clara. Si tuvieses otro carácter... si fueses otra... iríamos. No tendría importancia ninguna. Pero tratándose de ti, es imposible. En cuanto oyes pronunciar el nombre de Montmartre, pareces poseída de una furia extraña... He transigido ya demasiadas veces... No acabaríamos nunca.

M. CLARA (*Nerviosa.*) Tavernier nos espera. (*Agitada.*) Toma los guantes... el abrigo... Dame ese gusto. Ven... Es la fatalidad. Parece como si esta noche se conjurase todo para empujarme hacia ella.

ALBERTO (*Con energía.*) Acabemos. Es inútil. Yo no te llevo a Montmartre. Aquel ambiente es pernicioso para ti. Mi ópera se estrenará pronto. Es el éxito probable. Quién sabe si la fortuna y el cambio de posición social... Por eso quiero que mi mujer sea una mujer honrada.

M. CLARA (*Exaltándose.*) Yo soy una mujer honrada... ¿Qué mal hay en quererse divertir un poco? Si esto a mí me da la vida. Tavernier no es un mal hombre, y no puede vivir sin Montmartre.

TAVERNIER (*Dentro. Impaciente.*) Muchachos, que se va haciendo tarde.

M CLARA (*Contestándole a gritos.*) ¡Ya vamos! (*Febrilmente.*) Alberto, te lo ruego... Ven... Mira que me estoy poniendo muy nerviosa. Mira que cometeré una locura. Mira que me iré sola.

ALBERTO (*Con firmeza.*) Piénsalo bien, María-Clara. Siento nacer en mí una fuerza extraordinaria. Te amo... acaso más que nunca... pero mi resolución es inquebrantable. Es este, un momentó terrible, solemne, decisivo, para nuestro amor. Y si me desobedecieras...

M CLARA (*Con furia nerviosa, sollozando.*) ¡Oooh!... Mira que me estoy volviendo loca. (*Abrazándose a él y suplicando.*) Lo siento. Es algo más fuerte que yo. No puedo dejar de ir. Quiero ser libre. Anda, ven a divertirte, a emborracharte de bullicio, de risas, de alegría. ¡Es la vida! ¡Es la vida! ¡Es la juventud! Dejemos la formalidad para los viejos. ¡Ven conmigo, allá arriba, Alberto! ¡Vente conmigo a Montmartre!

ALBERTO No. Montmartre es para mí el enemigo. Es todo lo que yo detesto. ¡Tu pasado! Las gentes que has conocido allá. Las amigas como Susana y Simona. La muerte de nuestro amor.

M. CLARA No. Montmartre es donde yo quiero ir esta noche... ¡Sólo es eso!

TAVERNIER (*Dentro. Impaciente.*) ¿Venís... o no venís? (*Ella mira a Alberto que permanece inmóvil.*)

M. CLARA (*Contestando a Tavernier, a gritos.*) ¡Sí!

¡Adiós, Alberto! ¿Vienes? Te lo pido por última vez. ¿Sí o no?

ALBERTO ¡No! (*Ella sale corriendo por el fondo. Óyesela cerrar violentamente la puerta de la escalera. Alberto se deja caer en una butaca y llora.*)

TELÓN

ACTO TERCERO

ESCENA

Un gran «hall», una especie de salón en una villa muy lujosa, de Ostende. Puerta grande al fondo, derecha. Puerta grande al fondo izquierda que da al jardín. Puerta en la lateral derecha. Chimenea en el mismo lado. Muebles y aparatos de iluminación, suntuosos y riquísimos. Luces encendidas. Es de noche. Por la gran puerta del fondo izquierda se ve el mar y se oye la música de los «tzigants» que tocan en el jardín. Es en verano. Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Se abre la puerta del fondo derecha, y se ve un espléndido comedor en el que se acaba de comer. Rumor de vajillas de plata. Voces. Una mujer suntuosamente vestida de «soirée», escotada, entra, viniendo del comedor. La puerta del fondo derecha se cierra. Es María-Clara.

M. CLARA ¡Ea, se acabó! Estoy hasta la coronilla. En cuanto digo algo, se echan todos a reir. ¿Tendré monos en la cara? (*La puerta del fondo derecha se abre y da paso a Susana, también con lujoso traje de «soirée», pero no tan espléndido como el de María-Clara.*)

SUSANA (*A María-Clara.*) ¿Otra vez?

M. CLARA (*Nerviosa.*) Tú, lo que debes hacer, es callarte.

SUSANA Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué te pones tan nerviosa?

M. CLARA Porque entre todos me vuelven loca. Porque estoy cansada de ser el juguete de todos. Porque en cuanto se me antoja decir algo, o hacer una observación, se echan a reir. Logers, con su risita de pavo; la Mon-

tinat, mordiéndose los labios pintados; Liliana, alargando el cuello como una gallina, y San Sergio, gesticulando como un malabarista... ¡Hay que acabar con esto!

SUSANA ¡Pst, pst! Baja la voz. No hay mala intención en ello. Es que les haces gracia.

M. CLARA ¿Es que soy un *clown*, yo? Y al Casino no voy; que renuncien a ello. ¡Con lo que a mí me importa llamar la atención en Ostende! ¡Psé! ¡Y por lo que a mí me gusta esta tierra! ¡Bah!

SUSANA (*Sentenciosa.*) Cuando se es rica, todas las tierras son bonitas. Pero como cada día te vuelves más rara...

M. CLARA Mucho has tardado en averiguarlo.

SUSANA Es que de algún tiempo acá, parecías haber cambiado y pensé: «¡Gracias a Dios! Por fin vamos a vivir tranquilas». Pero, ¿es que no has de cambiar nunca? Imítame a mí. Ya ves. Me he vuelto formal, juiciosa, seria... y vivo como el pez en el agua.

M. CLARA ¡Claro! Como tú eres una ambiciosa...

SUSANA ¡Poco a poco! Todo lo que yo hago es por «abnegación», por «altruismo».

M. CLARA Eso es... Ya lo supongo. (*Con ironía. La puerta del fondo, derecha, se abre. Aparece Logers. No entra. Habla desde el dintel.*)

LOGERS Vamos, monina. ¿No vienes?

SAN SERGIO (*Dentro.*) ¡Señora de Baransay! La reclamamos.

LILIANA (*Dentro.*) Venga usted, Silvia. El «spoon» está delicioso.

SUSANA (*A Logers.*) La dió un vahído. Se mareó un poco. Irá en seguida.

LOGERS No tardes. Te esperamos. (*Logers se retira. la puerta se cierra.*)

M CLARA (*A Susana.*) Ya le oiste. ¡Qué gente tan complicada! Silvia... Señora de Baransay... Pero, ¿por qué han de ponerme esos motes? Como si María-Clara no fuese más

bonito.

SUSANA (*Conciliadora.*) Cosas del gran mundo. Se cambia, en él, de nombre como de ropa. Pero, haciendo seis meses que «eso» dura, debieras de haberte acostumbrado.

M. CLARA No me acostumbraré jamás.

SUSANA Esto no lo digas ni en broma. Porque lo que se dice en broma, acaba haciéndose en serio, casi siempre. Hay que dominarse, adaptándose al ambiente y a las circunstancias. ¡Ay, Dios mío! Pensar que tienes todo lo que quieres y que podrías ahorrar veinte mil francos cada mes...

M. CLARA No tengo bolsillos.

SUSANA ¡Qué loca eres! Ya sé que Logers no es un Adonis... pero...

M. CLARA Me repugna ese hombre. ¡Qué tonta fuí al abandonar a Alberto! ¡Oh, aquél!... ¡Cuánto le quería!

SUSANA ¡Psé! Vaya un tonto. Jamás ha vuelto a acordarse de tí.

M. CLARA Yo tuve la culpa. Fué una noche... Me dió algo así como un rapto de locura.

SUSANA ¿Te dan a menudo?

M. CLARA Me prohibió salir, ir a Montmartre. Pero yo, pasando por todo, fuí. Creí que me seguiría. Después allá encontré a todos mis amigos y amigas... y, al amanecer, no me atreví a volver a casa de Alberto. La noche siguiente volví a Montmartre, con la vaga esperanza de encontrarle... Y no le he visto más.

SUSANA (*Burlándose.*) ¡Oh, aquél!... ¡Cuánto te quería! ¡Vaya un imbécil! Pudieron más en él su amor propio y los consejos de sus amigos. Debes agradecérselo. Te hizo un gran favor. ¿Y el que te hice yo, presentándote a Logers? Porque, con tu carácter, no sé lo que hubiera sido de ti. Y, en una hora, te convertiste en una reina.

M. CLARA ¿Has leído los periódicos de hoy?

SUSANA No. ¿Por qué? (*Se oyen en la terraza los Tzigants que tocan lánguidamente un vals apasionado.*)

M. CLARA Tráelos. Están en mi cuarto. (*Susana, sin comprenderla, va hacia la derecha y al ir a salir por la puerta se vuelve y ve que María-Clara habla sola. Se acerca lentamente a ella. María-Clara, con los ojos fijos en un punto del espacio, recita algo que sabe de memoria.*) «...Bruselas. Teatro de la Moneda. La ópera de Alberto Marechal, «El sueño moderno», obtuvo el mismo éxito grandioso que en París. El joven y eminente compositor llegó anoche a Ostende. Se hospeda en el Palace».

SUSANA (*Que ha escuchado atentamente, detrás de María-Clara.*) ¡Eh! Pero... ¿qué dices?

M. CLARA (*Se vuelve.*) ¡Ah! ¿Estás aquí? Ya ves que no necesito los periódicos. Me sé la gacetilla de memoria.

SUSANA (*Alarmadísima.*) Pero ¿qué has dicho? ¿Que Alberto Marechal está aquí? ¿En Ostende?

M. CLARA (*Apasionadamente.*) Sí, ahí cerquita. En el Palace.

SUSANA (*Agitadísima.*) ¡Ah! Ahora me lo explico todo. Pero cuidado, María-Clara. No vayas a cometer la locura de volver a verle.

M. CLARA (*Dulcemente, enérgica.*) Sí, la cometeré. Quiero volver a verle.

SUSANA ¡Oooh! (*Desesperada.*)

M. CLARA Y ahora, ahora. Y tú vas a traérmelo.

SUSANA ¡No! ¡Yo, no! ¡Eso, no!

M. CLARA ¡Sí! (*Enérgicamente.*) Quiero volver a verle, ¿comprendes? Y ha de ser ahora, en seguida.

SUSANA (*Indignada.*) ¡Esto ya es demasiado!

M. CLARA No sé por qué. Tranquilízate. No voy a cometer ninguna locura. Pero no quiero se-

guir así con él, nada más. Cuando habré vuelto a verle, me calmaré, seré más dichosa y tú podrás irte a acostar.

SUSANA Pero... ¿y Logers?

M. CLARA No lo sabrá. Estará en el Casino. Se empeñó en llevarme. Pero yo me negué. Irá con los demás, sin mí.

SUSANA No, yo no te traigo a Alberto Marechal.

M. CLARA ¿No? Tú ya me conoces, Susana. Mira que soy capaz de ir yo. Y, entonces, va a ser peor. Prometo no marcharme con él.

SUSANA No debes volver a verle.

M. CLARA Al contrario; te regalo esta sortija, y te doy mil francos si me lo traes.

SUSANA (*Tomando la sortija.*) En fin, sea lo que Dios quiera. Pero me parece que vamos a cometer una imprudencia, por no decir una barbaridad.

M. CLARA (*Emocionándose por grados.*) ¡Pobre de ti si vuelves sin él!... ¡Ah!... Inventa algo para justificar mi presencia aquí. Pero no le digas la verdad. Puedes decirle que vivo sola... que heredé una cuantiosa fortuna... ¡que estoy enferma!... En fin, lo que tú quieras, con tal de que le decidas a venir, y te regalo mi abrigo de armiño, que tanto te gusta, ¿eh?

SUSANA ¡Ah, cabecita loca, cabecita loca! (*Contempla la sortija yendo hacia la derecha.*) ¡Oye! ¡Podías haberme regalado otra sortija! Lo digo porque me parece que los brillantes están algo picados. ¿comprendes?

M. CLARA Sí... sí... (*Sin oirla.*)

SUSANA (*Furiosa.*) ¡Ay, Dios mío! (*Sale.*)

M. CLARA (*Sola.*) ¡Ah, con tal de que quiera venir!... A ese sí le quise. ¡Y le quiero! (*Abrese la puerta del fondo derecha. Entran por ella Liliana, Gabriela, Logers, San Sergio y Levy-Brack. Ellos van de «smoking». Ellas*

espléndidamente vestidas de «soirée», escotadas.)

LILIANA Ya que usted no quiere venir, venimos nosotras.

M. CLARA Es que tengo un poço de jaqueca.

LEVY ¿Jaqueca, en esta espléndida «Villa»? Es la primera vez que como en su casa de usted... y, francamente, estoy deslumbrado.

SAN SERG. Todo es perfecto en ella. No puede combinarse con más armonía una recepción.

LEVY (*Irónicamente.*) Sin olvidar a la señora de Baransay, que sabe hacer los honores de la casa, con un tacto exquisito.

LILIANA (*Lo mismo.*) Y una distinción incomparable... con sus «eclipses».

SAN SERG. Esto no significa nada. También suele eclipsarse la luna.

M. CLARA Confieso que me distraigo algunas veces.

SAN SERG. ¿Es que... acaso se aburre usted, señora?

M. CLARA Sí... a menudo... en la mesa. Y, entonces... ya lo vieron ustedes... imito a la marea y me retiro.

LEVY Esto significa, señora, que nosotros desempeñamos el papel de luna. Y que usted, alejándose..

LOGERS ¡Hijos míos, no sabéis hablar más que de la luna!

GABRIELA Es hora de ir al Casino. A mí me gusta llegar pronto para tener buen sitio en la sala de juego.

LOGERS Acabo de telefonear para que me manden el auto. Estará aquí dentro de diez minutos

SAN SERG. (*A Liliana.*) Es admirable su traje, señora. Es, a la vez, «lírico y serpentino».

LEVY Pues felicíteme usted a mí, San Sergio.

SAN SERG. ¡Cómo! ¿Es usted quien lo ha ideado, dibujado y combinado? ¡Oh!

LEVY No, mejor que todo eso. Lo he pagado.

SAN SERG. ¡Ah!

LEVY Sí. Este y todos sus «hermanos líricos y serpentinos» que ella guarda en sus armarios. Me cuestan en lo que va de mes, veinticinco mil francos.

LILIANA (*A Levy-Brack.*) ¡Oh, hablaste como un libro, hijo mío! Conviene que mañana veas a mi modisto. Necesita dinero. Está aquí.

LEVY Muy bien.

LOGERS (*A Levy-Brack.*) ¡Ya lo creo! Como el prestar dinero al treinta por ciento da lo suyo, ¿verdad?

LEVY ¿Quieres callarte?

SAN SERG. No se alarme usted. Ya lo sabía, desgraciadamente.

LEVY (*Cordialmente.*) Vamos, San Sergio, no se queje usted. ¡Oh!... Y, a propósito, respecto a su última letra pendiente... (*Siguen hablando bajo.*)

LOGERS (*A María-Clara.*) ¿Qué cavilas, tú, eh? No sé por qué me parece que quieres pedirme algo. ¿No? Anda, pide por esa boca. No es mal truco el de la jaqueca. ¡Ven acá, arisca! (*Quiere acariciarla. Ella retrocede. El se ríe groseramente.*) Ja, ja, ja! ¡Qué muchacha esa!

M. CLARA (*A Liliana, sonriendo.*) Cree que la jaqueca es un truco para pedirle algo. ¡Jesús, qué hombre! ¡Oh! (*Con repugnancia.*)

LOGERS (*Riéndose aún.*) ¡Qué muchacha esa!... Si supieras lo que traigo en el bolsillo para ti...

M. CLARA ¡No me interesa!

LOGERS ¡Ja, ja, ja! ¡Qué muchacha esa! ¡Es un erizo! (*Remedándola.*) «No me interesa.» ¡Ja, ja, ja! Pues aunque no te interese, mira. (*Saca del bolsillo un collar de grandes perlas rosas.*)

LILIANA ¡Oooh! ¡El collar de casa Guerpier!

GABRIELA ¡Oooh! ¡El collar de perlas rosas! (*Lo*

han cogido, examinándolo, pálidas de emoción.)

LOGERS (*Mirándolas con el rabillo del ojo.*) Espléndido, ¿eh? Cuatrocientos mil francos. Lo compré esta tarde. Mírale, Levy. Hace ocho días que nos «obsesionaba» ¿Te acuerdas que anteayer me dijiste: «Lo compraría si no fuese tan caro»?

LEVY (*Furioso, disimulando.*) En efecto, sí... Me parece recordar...

LILIANA (*Aparte a Levy, furiosa.*) Como siempre, te faltó decisión, ¿verdad?

LEVY No me pareció ninguna maravilla.

LOGERS ¡Ja, ja, ja! «Ninguna maravilla». ¡Qué hombre ese Levy-Brack! (*A Liliana.*) ¿Me permite usted? (*Retira amablemente el collar de manos de Liliana y lo pone a María-Clara.*) ¡Magnífico! ¿Verdad?

M. CLARA ¿Es que te has creído que soy un escaparate?

LOGERS ¡Ja, ja, ja!

LILIANA (*Aparte a Gabriela.*) ¡Qué suerte! Todo para ella. Es exagerado, vamos.

GABRIELA (*Aparte a Liliana.*) ¡Y no es bonita! ¡Qué perlas tan hermosas!

LEVY Son unas perlas como todas las perlas. ¡No hay para tanto! Voy a ver si el auto se decide a venir. (*Sale. María-Clara se ha sentado con Liliana y Gabriela, quienes disimulan la rabia y envidia que sienten, a duras penas.*)

LOGERS (*A San Sergio.*) Se va furioso. Pero es un buen amigo, a pesar de todo.

SAN SERG. Dicen que hace grandes negocios.

LOGERS Comparados con los míos, una miseria. Con decirle a usted que los abetos y el cobre me han producido once millones en tres años. A pesar de que con el tren de vida que llevo, poco me sobra. Los caballos, autos, el hotel de los Campos Elíseos, y la

pequeña Baransay, me cuestan un ojo de la cara. Sobre todo, esta, porque sabe hincar el diente. Un horror de muchacha. Pero no importa. Con lo que me gusta hacer rabiar a Levy-Brack. Nos peleamos por ver quién tiene una mujer más cara. Y, claro, soy yo quien gano siempre. ¿Se fijó usted en el truco del collar? ¡Ja, ja, ja! Creí que le iba a dar algo. Y su amiguita. Mírela, usted. Está furiosa. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué muchacha esa! (*Siguen hablando en voz baja. María-Clara hablando con Liliana y Gabriela, no deja de mirar a Logers. Y cuando éste se ríe, ella hace un movimiento nervioso.*)

GABRIELA (*A María-Clara.*) Decididamente, usted, a ese pobre Logers, a pesar del collar, no puede sufrirle.

M. CLARA Hasta el punto de darme vergüenza el hallarme donde me hallo.

LILIANA ¿Cómo?

M. CLARA ¿Le extrañará a usted que hable así, verdad? Pero es que no vemos las cosas desde el mismo punto de vista. Soy sincera. Ese hombre que sólo sabe hablar de sus millones, me repugna.

GABRIELA Dificililla es usted. No puede tenerse todo en este mundo. «Todo», tiene su compensación.

M. CLARA ¡Ah! ¿Con que usted tampoco?

LILIANA Todas, hija mía. Todas.

GABRIELA Pero debe usted recordar dónde estaba antes. Porque me parece que nos la presentaron una noche en Montmartre...

M. CLARA Sí, la noche que me marché con Alberto Marechal.

LILIANA Ah, el compositor. Parece que ha progresado.

M. CLARA No me hable usted de él. Por lo que a usted le importa.

GABRIELA (*Aparte a Liliana.*) Decididamente es una muchacha muy fina.

LILIANA Vale más dejarla. ¡Uf! (*Ella y Gabriela se levantan. En este momento, entra por la izquierda un Tzigant con un violín, y se dispone a tocar.*)

LOGERS No, no. Aquí, no. Basta de música. Toquen ustedes fuera. (*El Tzigant sale.*) Me marea tanta música.

SAN SERG. ¿Pero habla usted en serio?

LOGERS Claro. Es cosa de la pequeña Baransay. Dice que la música de los Tzigants le recuerda las noches...

LILIANA ¿...de Montmartre?

M. CLARA Sí, de Montmartre. ¿Y qué? ¿Qué tenemos con ello? (*Agresiva.*)

LILIANA Pues, que ya no está de moda.

M. CLARA Claro, porque debió de estarlo cuando usted era joven, ¿verdad?

LOGERS Vamos, vamos. Fuera discusiones. Que se queden en el jardín los Tzigants. Que toquen debajo de los árboles. Así toman el fresco. (*Óyese dentro la bocina de un automóvil. Entra la doncella con los abrigos de las tres señoras.*)

M. CLARA Yo, no salgo esta noche.

LOGERS ¿Cómo? (*A la doncella.*) Deje usted este abrigo.

M. CLARA Tengo jaqueca.

SAN SERG. Pero ¿qué va usted a hacer aquí sola?

M. CLARA Lo pasaré divinamente. Yo no me aburro jamás.

LOGERS Es que contábamos contigo, Silvia. Lucirás el collar.

M. CLARA Que se lo ponga Liliana. A los imbéciles del Casino les dará lo mismo. (*Se dispone a entregar el collar a Liliana.*)

LOGERS No, eso no. A cada uno lo suyo. Las perlas son tuyas.

LILIANA (*Furiosa.*) ¿Pero, qué se ha creído usted?

Dios me libre de ponerme «eso». (*Entra Levy-Brack, por el fondo izquierda.*)

LEVY ¿Vienen ustedes? ¿Si o no?

LILIANA Mañana tendré otro igual. (*A Levy-Brack.*) Con mucho gusto. Vamos, vamos. ¿Sabes que tu amigo Logers es un insolente? Figúrate que se ha permitido... (*Salen todos menos Logers y María-Clara.*)

LOGERS Liliana tiene razón. No está bien lo que haces.

M. CLARA Hijo mío, si no te gusta...

LOGERS No digas eso. Pero debieras de ser algo más amable.

M. CLARA Es inútil. Con vosotros, no puedo, ni quiero serlo, amable. Con que...

LOGERS ¡Ja, ja, ja! ¡Qué muchacha esa! ¿Sabes que estás espléndida esta noche? (*Quiere acariciarla.*)

M. CLARA ¡Ah, no! (*Le da un golpe con el abanico. Entra San Sergio.*)

SAN SERG. Oigan. ¿Tomaron ustedes ya...?

LOGERS ¿Qué? (*Furioso.*)

SAN SERG. Una resolución. Sepan que se les reclama.

LOGERS Ya voy. (*Dominándose. Aparte a María-Clara.*) ¡Nos veremos! (*Sale.*)

SAN SERG. Señora... (*Saludando.*)

M. CLARA (*Sola.*) ¡Oh, qué asco! ¿Y yo soporto esto, como Liliana? ¡Claro! ¿Qué diferencia va de ella a mí? ¡Ah, si Alberto supiera!... (*Entra el Tzigant por la izquierda. Habla con acento extranjero.*)

TZIGANT Señora...

M CLARA (*Sentada y sin verle.*) ¡Oh, Dios mío! ¿Vendrá? ¿Y si lo que dicen los periódicos no fuese cierto? ¿Y si Susana no le encuentra? ¡Soy tan desgraciada esta noche! Tengo... tantos deseos de verle...

TZIGANT Señora... (*Acercándose e insistiendo.*)

M. CLARA (*Sobresaltada.*) ¿Qué? ¿Quién es? ¡Ah! ¿Es usted?

TZIGANT Venía a recibir órdenes de la señora para la próxima vez.

M. CLARA A mala parte va usted. ¡Quién sabe donde estaré yo la próxima vez!

TZIGANT Es que yo tampoco lo sé dónde estaré. Pero aquí, en esta casa, tienen una manera muy... extraordinaria de tratar a los Tzigants: «Que se queden en el jardín. Que toquen debajo de los árboles». ¡Cómo si fuéramos gusanillos de luz!

M. CLARA Pueden quedarse allá desde el momento en que ya están... Y toquen.

TZIGANT ¿Para la señora sola?

M. CLARA Sí. Y después...

TZIGANT Iremos donde vaya la señora. ¡Oh, una cliente como la señora no es cosa que se vea todos los días!

M. CLARA Pues crea usted que hay muchas.

TZIGANT ¡Oh, no!, Como usted, no.

M. CLARA (*Volviendo a su idea fija.*) ¿Y si no quiere venir?

TZIGANT ¿De modo que la señora no quiere oir más nuestros violines?

M. CLARA ¿Sus violines? (*Contemplando el instrumento.*) Es raro. Parece mentira que de aquí dentro broten aquellos sones que dicen tantas cosas. Yo conocía a uno que tocaba el violín. Se llamaba Parmén. Pero no decía... lo que ustedes.

TZIGANT ¿Era Tzigant?

M. CLARA No. (*Aparte.*) ¿Vendrá? ¡Oh, Dios mío!

TZIGANT (*Con desilusión.*) ¡Ah, un virtuoso!

M. CLARA Sí, pero ustedes... ¡ah! es distinto. ¡Bien se ve que son verdaderos tzigants.

TZIGANT Para servir a la señora.

M. CLARA Conocerán infinidad de músicos, ¿verdad? ¡Beethoven, Schumann!... ¿Son genios, no?

TZIGANT ¡Oh, sí! Pero, sobre todo, conocemos a Monsieur Puccini, a Monsieur Leoncava-

llo y a Monsieur Massenet.

M. CLARA ¿Y... a Monsieur Alberto Marechal? Le conocerán ustedes, ¿verdad?

TZIGANT No. A ese... no.

M. CLARA ¿Cómo que no? ¡Esto no es posible! Si todo el mundo le conoce... Y, si no, la prueba. (*Recitando.*) «Bruselas. Teatro de la Moneda. La ópera de Alberto Marechal, «El sueño moderno», tuvo el mismo éxito grandioso que en París. El joven y eminente compositor...» (*Entra Susana. María-Clara alborozada.*) ¿Y qué? ¿Qué?

SUSANA Que están muy picados.

M. CLARA ¿Qué dices?

SUSANA Sí. Los brillantes de esta sortija. Te engañaron, hija mía.

M. CLARA Pero... ¿qué? ¿Le has visto? ¿Dónde está? ¿Por qué no ha venido contigo?

SUSANA Cálmate. Porque el encarguito no era fácil.

M. CLARA ¿No quiere venir?

SUSANA Sí, pero déjame que te lo cuente todo. (*Mira al Tzigant; éste se retira por la izquierda.*) Pero antes prométeme que no cometerás ninguna locura. Es peligrosísimo. Estamos jugando con fuego. No hay que olvidar que yo aquí estoy muy bien... que tú también estás aquí muy bien... y que todos estamos aquí divinamente. No vayamos ahora a echarlo a perder todo. Piénsalo bien. ¿Me lo prometes? ¿Tendrás juicio?

M. CLARA ¿Cuándo vendrá? ¿Qué le has dicho?

SUSANA Va a venir en seguida.

M. CLARA ¡Oh, Dios mío! ¿Estaba en el hotel?

SUSANA Sí. Salía en aquel momento. Me ha conocido en seguida. Me ha recibido muy bien. Es muy amable. Le he dicho que tú estabas aquí... en casa de una amiga... en mi casa... que estabas enferma, y que si no venía, eras capaz de hacer un disparate. Al

oirme se puso muy pálido, y no supo, de momento, qué contestarme. (*Óyese el timbre de la verja del jardín.*) Y ahí lo tienes.

M. CLARA (*Como loca.*) ¡Oh, Dios mío! ¡Vete!

SUSANA ¿Que me vaya? ¿Quién le recibirá? ¿No estoy en mi casa?

M. CLARA Ve, tú, pues.

SUSANA ¿Me darás el abrigo de armiño y los mil francos? ¿Eh?

M. CLARA Sí... Pero ve, anda. ¡Date prisa! (*Susana sale por la izquierda. Sola.*) ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me dirá? (*Apaga algunas luces. Óyese, viniendo del jardín, la música de los Tzigants.*)

(*La puerta del fondo derecha se abre y aparece Alberto Marechal. Va de «smoking.» Se detiene en el dintel, asombrado por el lujo y suntuosidad del salón. María-Clara corre hacia él.*)

¡Oh, Alberto mío! ¡Mi Alberto! (*Gesto de abrazarle.*)

ALBERTO (*Alejándola suavemente.*) ¿Sigue usted bien, señora?

M. CLARA (*Bruscamente tímida.*) Sí... Estoy muy contenta... No lo esperaba, ¿verdad? Leí en los periódicos que usted había llegado... y pensé... Pero, ¿qué mira? ¿Me encuentra cambiada, verdad?

ALBERTO Sí.

M. CLARA ¿Susana le ha dicho que vivía con ella?

ALBERTO Sí. Y que estaba usted enferma. Pero veo que ni está usted enferma, ni vive con Susana. Fué un pretexto para lograr que viniera.

M. CLARA Sí, Alberto. ¡Soy tan dichosa porque vuelvo a verle!

ALBERTO Pronto cumplirá un año y parece que ha pasado mucho tiempo. ¿De modo que a usted no le falta nada?

M CLARA No... Nada.

ALBERTO Lo celebro.

M. CLARA Pues no lo parece.

ALBERTO Sí, sí. ¿Y todo esto es de usted? ¿Vive... usted?

M. CLARA Sola. ¿Y usted?

ALBERTO También. Pero de otro modo.

M. CLARA Mudó usted de casa, ¿verdad?

ALBERTO No; vivo aún en la calle de Lille. Y Parmén viene a verme con frecuencia.

M. CLARA ¡Ah! ¿Sigue todavía con Carlota?

ALBERTO ¡Ya lo creo! ¡Se casaron! (*Ella baja los ojos y llora.*) ¡Por Dios! No lloremos... ¿Qué se saca con llorar? (*La música de los Tzigants es ahora dulcísima.*) ¡María-Clara! ¡Va a lastimarse usted los ojos!

M. CLARA ¡Ah, si usted supiera!... ¿Por qué no vino a buscarme aquella noche?

ALBERTO ¿Y usted? ¿Por qué no volvió a casa?

M CLARA Porque no me atreví. Pero usted debió de haberme prohibido salir.

ALBERTO Ya sabe usted que no me hubiera sido posible. Pero, ¿por qué hablar de todo esto? Dejemos que duerma lo pasado.

M. CLARA (*Muy cerca de él y con el alma.*) ¡Te amo, Alberto!

ALBERTO ¡María-Clara! (*La música es ahora apasionadísima.*)

M. CLARA ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Soy muy desgraciada! Quiero irme contigo.

ALBERTO No digas locuras. Y date cuenta de dónde nos hallamos.

M. CLARA ¡Oh, Alberto mío! ¡Nos hallamos en un lugar sospechoso y degradante para mí! Figúrate que me marché de tu casa, como una muchacha perversa, y que tú vienes a llevárteme a tu casa, otra vez.

ALBERTO ¡No, María-Clara! Recuerda que ya en otra ocasión te saqué, casi por fuerza, de un lugar sospechoso y degradante. A él fuí a buscarte, abriéndote mi corazón y

mis brazos... y me abandonaste. ¿Cómo quieres que tenga confianza en ti, María-Clara?

M. CLARA Sí, sí, comprendo que hice mal. Perdóname, Alberto. (*La música cesa bruscamente.*)

ALBERTO Pero ¿qué demonio se apoderó de ti aquella noche en que te marchaste? ¡Qué adversario espantoso de nuestra felicidad! ¡Parecías loca! Tavernier me lo ha dicho más de cien veces. El se empeñó en que subieras de nuevo; pero fué en vano. Te marchaste sola... y él te acompañó, por ver si lograba convencerte. Pero, al llegar a Montmartre, desapareciste y no te vió más.

M. CLARA ¡Sí, sí, estaba loca!

ALBERTO Pues ¿y yo? ¿Qué hacía yo durante todo ese tiempo? Llorar como un niño... allá en nuestro pisito, precisamente la noche en que supe que mi ópera iba a estrenarse. ¡Es decir, cuando se realizaba, por fin, mi sueño dorado! Y al día siguiente, y durante toda la semana... el silencio más absoluto por tu parte... ¡Nada! ¡Ni una noticia! La desaparición. Y todo para prepararme esta entrevista, rodeada de un lujo inconcebible, ataviada como un ídolo, y con un millón de perlas en tu garganta.

M. CLARA No, esto no es verdad. Yo no lo había previsto este lujo. Comprendo lo que habrás sufrido... pero eres injusto. Con mi locura, abandoné la seguridad, hasta la fortuna, porque tú ibas a ser rico, por lo azaroso, lo desconocido, y la miseria, que no tardó en presentarse. Tres días después de haberte abandonado, carecía ya de todo. Susana me recogió en su casa. Lloraba demasiado para agradar. No quise conocer a nadie. Entonces Susana insistió. Y

después... después... fuí cobarde... Una no es perfecta... Y... sucedió... lo que no tenía que suceder. Pero, por lo mismo que te quiero... debes perdonarme, y debes quererme, Alberto. (*Cae de rodillas.*)

ALBERTO (*Emocionadísimo.*) ¿Con quién vives tú aquí?

M. CLARA ¡Ya no lo sé! ¡Creo que con alguien a quien odio con toda mi alma! (*Entra Logers por la izquierda.*)

LOGERS (*Asombrado, pero dominándose.*) ¡Oh, qué muchacha esa!

ALBERTO ¡Logers!... ¡Oh! (*María-Clara le detiene.*)

LOGERS (*Adelantando.*) ¡Lo sospechaba! ¡No os molestéis por mí! Fué Liliana, en el Casino, quien vió tu nombre en los carteles. Entonces comprendimos la verdadera causa de tu jaqueca, y hemos venido todos.

ALBERTO ¡Ese hombre a quien odio desde niño!... ¡Yo, en casa de ese hombre! Y tú... ¡oh, María-Clara!

LOGERS (*Siniestro.*) ¡Tienes razón! ¡Es verdad! Nos educamos en el mismo colegio. Creo que has progresado mucho. Y claro, vienes a ver a tu antigua amiguita, que ahora vive en casa de tu amigo Logers, ¿verdad? ¡Nada más natural! Pero has de reconocer que es mucho más bonita que cuando vivía contigo, ¿verdad?

ALBERTO ¡Miserable!

LOGERS ¡Oh, oh!... ¡No todos podemos ser artistas! Y el miserable está en su casa, y esta «Villa» y esos muebles son suyos. Pero al artista es al que se quiere de veras. ¡Es el «capricho»! (*Brutalmente.*) Pero, ya basta. ¡Vamos, despídete de esta mujer, y retírate! Tengo que hablar a solas con ella.

ALBERTO ¡Qué suerte tienes, Logers, de estar en tu

casa... y de que yo, en este momento, no tenga razón! Pero mañana recibirás la visita de dos amigos.

LOGERS ¿Un duelo? ¡Lograrás que me ría! No soy noble yo. ¿Es que acaso me tomas por el Cyrano? ¡Ja, ja, ja! Lo que voy a hacer es llamar a los criados para que te pongan de patitas en la calle. ¡Ja, ja, ja! (*Se va por la izquierda, diciendo para sí:*) ¿Un duelo? ¡Qué ocurrencia! ¡Esos artistas! ¡Claro! ¡Como ellos nada pierden! (*Sale.*)

M. CLARA ¡Alberto!

ALBERTO (*En tono de reconvención profunda.*) ¡María-Clara! ¡María-Clara! ¡Tú... con Logers! ¡Oh! (*Ella, durante toda esta escena, ha permanecido horrorizada y temblorosa, entre los dos hombres, evitando con su actitud que vinieran a las manos.*)

M. CLARA ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Llévame contigo! ¡Me da vergüenza permanecer aquí! Ya lo has visto. Está tan seguro de sus millones, que no ha sospechado, ni por un momento, que yo pudiera irme contigo. ¡Oh, Alberto! ¡Vamos... vamos de aquí! Haré todo lo que tú quieras... Pero, llévame.

ALBERTO ¡Sí, sí! ¡Debes haber sufrido demasiado aquí! Ven... Te perdono... Ven conmigo... ¡Te amo, María-Clara!

M. CLARA ¡Oh, Alberto! ¡Qué bueno eres!

(*Liliana, Gabriela, Levy-Brack, y San Sergio entran por la izquierda, con Logers, al que no ha dejado de oirse, llamándolos a todos. Susana entra por la derecha.*)

LOGERS ¡Vengan! ¡Vengan todos! ¡Todos! ¡Van a ver a dos enamorados!

ALBERTO ¡Pobre Logers! ¡Desde la cumbre de tus millones, sólo me inspiras compasión!

GABRIELA (*A Logers.*) Merecía usted otra cosa. ¡Es

una cualquiera !

LILIANA ¡Qué escándalo, Dios mío!

GABRIELA ¡Pobre Logers!

ALBERTO ¡Paso, señores! Hagan ustedes el obsequio! (*Disponiéndose a salir con María-Clara.*)

LOGERS ¡Ah! ¡Con que te la llevas! ¡Muy bien! ¡Eso te dará tanto o más que una ópera! Porque con el collar que yo le regalé esta noche, resulta un partido espléndido. ¡Ja... ja... ja! ¡Mi enhorabuena, chico!

M. CLARA ¡Imbécil! Todos tus regalos me repugnan, por el hecho de ser tuyos.

SUSANA ¡Oooh!

M. CLARA ¡Todos están arriba! ¡Podéis guardarlos! Me voy, como vine. ¡Careciendo de todo! ¡Pero ahora, tengo a mi amado! ¡Y en cuanto a tu collar, toma! ¡Ahí va! ¡Yo no lo quiero! (*Se arranca el collar, lo rompe y lo arroja lejos de sí. Las perlas saltan y rebotan por la alfombra. Gabriela y Liliana están tentadas de arrodillarse para recogerlas, pero se detienen. No se atreven. En cambio, Susana se arrodilla y las va recogiendo, con codicia brutal. María-Clara lanza un grito de triunfo, y riéndose nerviosamente exclama:*) ¡Andad! ¡Daos prisa! ¡Vuestro es el maiz, gallinas! ¡La ocasión es de perlas! ¡Hay por valor de cuatrocientos mil francos! ¡Anda, Levy-Brack! ¡Anda, Susana! ¡Son vuestras! (*Mientras ella sale con Alberto, todos van recogiendo perlas, con avidez salvaje. Óyese dentro la música de los Tzigants.*)

TELÓN

ACTO CUARTO

El jardín del *Moulin Rouge*. Se ve al fondo el molino con sus grandes aspas, adornadas con bombillas eléctricas, encendidas. Es de noche. Se oye a lo lejos una orquesta. Algunos consumidores en las mesas. Poca animación. Impresión melancólica.

ESCENA

CARLOS, FARDEL, EVA-ADÁN, *sentada, fumando,* MOZO *de café y consumidores*

CARLOS — Por mucho que cambie, esto será siempre lo mismo.

FARDEL — ¿Ya estás cansado de la vida?

CARLOS — Es que tú no vienes tan a menudo como nosotros, porque vives lejos. Pero yo vengo cuatro veces por semana. En otros tiempos, no diré que no nos divirtiéramos. Como acabábamos de salir del cascarón, todas las mujeres nos parecían bonitas, y, sobre todo, «nuevas». ¡Pero ahora! ¡Conociéndolas a todas «personalmente»... calcula! Esto sin contar que el «Moulin Rouge» en pleno verano es... «soñoliento», vamos. ¡Aburridísimo! No hay más que las profesionales y los extranjeros.

FARDEL — Mejor dicho, las hijas de Venus y la Agencia Cook.

CARLOS — Eso es. Y si añades aquí el refrán de

«todos los días son iguales», se interpreta al revés. Porque chico, las parroquianas del establecimiento me hacen el efecto de que no saben lo que es un almanaque. Van viviendo... y para de contar. ¡Mira, ves!... ¿Aquella... la que fuma? Es de las asiduas. No deja de venir ni una sola noche. La llaman «La media rubia del cuello planchado.» El mote es de Tavernier... ¿Sabes? El caricaturista.

FARDEL Sí, sí, le conozco. ¿También viene aquí?

CARLOS Ya lo creo. Todas las noches.

FARDEL Pero, ¿qué es esto? ¿Príncipes? (*Habrán entrado la Duquesa, Anabela, Clarón y Alberto. Ellas ricamente vestidas, ellos de frack irreprochable.*)

CARLOS ¡Oh, ellas parecen duquesas! Y el que ostenta el lacito de la Legión de Honor, no me es desconocido. (*Por Alberto.*) He visto su retrato en los periódicos ilustrados. Sí... sí... (*Al mozo, pagando las consumaciones.*) ¿Sabes tú quién es aquél?

MOZO No, señorito. Hace mucho tiempo que sirvo aquí y jamás le he visto.

FARDEL Espera. ¿No será Alberto Marechal?

CARLOS ¿El músico? ¿El autor del «Sueño moderno»?

FARDEL Sí. Y de «Melusina», de «Rosa-María»... ¡Es él! Estoy seguro.

CARLOS ¡Caramba! Tres obras maestras en menos de diez años. Ese va ya para viejo.

DUQUESA (*A Alberto.*) Sí, sí, me gusta el molino. ¡Es original! Con sus aspas luminosas, dando vueltas lentamente. Y el jardín... Es una nota especial. Decididamente, no me arrepiento de haber regresado a París tan pronto.

ANABELA (*A Alberto.*) ¡Y con lo que nos ha costado el decidirle a que nos acompañara! Su resistencia es incomprensible. Si yo fuese

hombre, me pasaría aquí la vida. Miren, miren mi marido... (*Por Clarón, que lo inspecciona todo con gran curiosidad.*) No, no, déjenle. ¡Me divierte!

DUQUESA (*A Alberto.*) Vamos, sea usted franco. ¿Por qué sale usted tan poco? ¡Usted, el músico más eminente de la época! Esto nos intriga un poquitillo. ¿Comprende usted? Jamás se le ve en ninguna parte. Tenga usted piedad de las señoras decentes. ¡Es tan agradable la compañía de un hombre ilustre! A ello obedece el complot de esta noche. ¡Preparado, como habrá usted visto, de sobremesa, en casa Durán! No pudo negarse a venir. Confiese usted que no se arrepiente... ¡Ande!

ALBERTO ¡No! ¡Debe perdonárseme! Porque la mayor parte del tiempo, trabajo. Y para trabajar, es preciso aislarse.

ANABELA (*Coqueta.*) ¡Claro! No diré yo que... Pero de vez en cuando...

ALBERTO Ya habrán visto ustedes que esta noche me dejé tentar. (*Habrán entrado Julieta y otras mujeres, sentándose a las mesas.*)

ANABELA Confiese que le gusta. Que se divierte. ¿No conocía usted esto?

ALBERTO Sí, en otros tiempos vine algunas veces. Pero hace ya siete años que no venía.

DUQUESA ¡Oh, pero, eso no es posible!... Mire usted aquella. (*Por Eva-Adán.*) Es curiosa. Desde que usted ha entrado, no le quita los ojos de encima. ¡Oh! Lleva cuello y puños planchados. (*La mirada de Eva-Adán se cruza con la de Alberto.*)

ALBERTO ¿Y si entrásemos en el teatro? (*A Clarón, que vuelve de dar una vuelta por el jardín.*) ¿Tiene usted el palco, verdad?

CLARÓN Sí, sí...Hele aquí.

ANABELA (*A Clarón, riendo.*) ¿Hiciste ya alguna conquista? ¿Me engañaste ya?

CLARÓN Hija mía, estás un poco inconveniente. (*A Alberto.*) ¿Lo ve usted, maestro? ¿Qué le dije yo? Jamás deben llevarse al «Moulin Rouge» las señoras decentes. Se «emancipan» demasiado.

DUQUESA Pues yo me divierto, lo confieso.

ALBERTO El palco nos espera.

DUQUESA Vamos, vamos.

ANABELA (*Aparte a la Duquesa.*) ¿Qué hombre tan raro es ese Marechal, verdad? En cuanto se le habla de una mujer, se hace el sordo. ¡Ah, en este hombre hay un misterio! No se le conoce ninguna amiguita.

DUQUESA ¡Anabela! ¡Por Dios! ¡Qué cosas dice usted!

ANABELA ¡Son tan complicados esos artistas! ¡Ah!

CLARÓN ¿Vienen o no vienen ustedes?

DUQUESA (*Alegre.*) Sí, sí, vamos. Decididamente, la vida es muy hermosa! (*Salen los cuatro.*)

FELICIA (*Entrando.*) ¡Oh, qué dura es la vida!

EVA ¿Viste a María-Clara, esta noche?

FELICIA Sí, en el bar quedó, con Tavernier.

EVA (*A Julieta.*) Ve a buscarla.

JULIETA ¿Por qué?

EVA Anda, vé te digo. Vamos a reirnos.

JULIETA (*Al ver que entra Roberto.*) Ahora no va a ser posible, porque acaba de llegar mi amiguito. Ve, tú. (*A Felicia que sale. A Roberto, que es muy joven.*) ¡Hola, monín!

ROBERTO ¡Hola, monina! ¿Qué dice mi cielo? Pero y qué reteguapísima estás hoy.

JULIETA ¡Es que el aire del molino embellece, señor mío!

ROBERTO No quiero que digas eso.

JULIETA ¿Por qué?

ROBERTO Pues porque... (*Se sientan junto a una mesa, aparte, y siguen hablando en voz baja, haciéndose mimos y carantoñas.*)

EVA (*Por Julieta.*) Hete aquí otra fracasada.

¡Qué raro! En la joven escuela abundan más las «Marías-Claras» que las Susanas.

GENOVEVA (*Que habrá entrado un poco antes.*) ¡A propósito de Susana! ¿Qué es de ella? Hace mucho tiempo que no se la ve por ninguna parte.

EVA ¡Oh! Se casó.

GENOVEVA ¡Ah! ¿Y con quién?

EVA Con un viejo... que venía mucho por aquí, en otros tiempos... gran negocio de vinos en Perpiñán.

GENOVEVA ¿En Perpiñán? ¿Dónde está eso?

EVA ¡En la América del Sur!

GENOVEVA ¡Perdona, hija mía! No todas tuvimos la suerte de poder ir al colegio. Es decir que...

EVA Sí, sí, se casó. Vive en una granja. Cría gallinas, palomas, gusanos de seda. Tiene bueyes y vacas. ¡Y, sobre todo, mucho dinero! Parece que alguien, al casarse, la dotó en perlas. Los que han visto esas perlas aseguran que son magníficas.

GENOVEVA Mejor para ella. ¿Y Simona, la mujer del gran Alfredo?

EVA ¡Ah, sí! Murió.

GENOVEVA ¡Caramba! ¿Y de qué?

EVA No sé. Murió en un hospital.

GENOVEVA ¿Y el gran Alfredo? ¿Dónde para?

EVA No sé... ¡Oye, Cyrano!

CYRANO (*Que habrá entrado.*) ¿Qué pasa?

EVA ¿Qué es del gran Alfredo?

CYRANO Trabaja en un Sindicato. (*Sale.*)

GENOVEVA Te dejo. Veo allá uno que viene por mí. Hasta ahora.

EVA ¡Ah, María-Clara! ¡Oye, ven! (*Entra María Clara. Ha cambiado mucho. Va pobremente vestida.*)

M. CLARA (*Riéndose exageradamente.*) ¡Oh, qué cosa más graciosa! ¡Cuánto siento que no lo hayas visto! ¡Ja, ja, ja!

EVA ¿El qué?

M. CLARA Verás. Próximo al bar había un tipo con aire de imbécil, que me miraba con unos ojos... ¡Jesús, qué ojos! Yo, claro, como si no lo viera. Pero entonces me ha enviado a uno de los tzigants, quien plantándose ante mí, se pone a tocar en su violín, con pasión y languidez estudiada, aquel vals... que hace... sabes... (*Cantando ligeramente.*)

Hermosa sois,
mi dulce amor».

(*Habla.*) Yo, nada. Esperando que acabara... porque he reparado que el tipo en cuestión estaba detrás de un árbol, así, como en éxtasis, contemplándome. En cuanto el tzigant acabó su tocata, le hablé al oído y fué a plantarse ante el tipo, tocando al violín aquel aire tan en boga tiempo atrás: (*Cantando.*)

«Adorno de diosas es
aroma de nardos.
¿A qué ofrecerlas, pues,
manojos de cardos?»

(*Hablando.*) ¡Oh, si le hubieses visto! ¡Ha puesto una cara! ¡Qué risa! Tiene gracia, ¿verdad?

EVA ¡Ya lo creo! Tanta, que si llegas un poco antes hubieras podido contárselo a un antiguo amigo tuyo que está en un palco del teatro.

M. CLARA ¿A quién?

EVA A Alberto Marechal.

M. CLARA ¡No!

EVA Sí, sí, a Alberto. Pasó por aquí. Iba con dos señoras y un caballero.

M. CLARA Pero, ¿qué dices? ¡Es gracioso! Me da alegría. ¡Volver a verle! ¡Hace tanto tiempo! Se casó, ¿verdad?

EVA No.

M. CLARA ¡Oh, lo que le había querido en otros tiempos! ¡Era tan simpático! ¡La infinidad de cosas que me recuerda sólo el nombrarle! Va ya para cinco años que no le veo. Puede que no me conocerá.

EVA ¡Oh, sí!

M. CLARA Voy a dar una vuelta por el corredor de los palcos. A ver si le veo. (*Se va. Eva-Adán la contempla alejarse, se encoge de hombros, enciende un cigarrillo y silba una canción.*)

JULIETA (*A Roberto.*) ¿De veras? ¿Hablas en serio? ¿Me llevarás contigo? ¿Viviremos juntos? ¿Como marido y mujer? ¡Oh!

ROBERTO ¡Como marido y mujer! Esperando llegar a serlo algún día. Y es que tú eres un ser aparte. No te pareces a nadie.

JULIETA Pues, ¿y tú? El amor es para nosotros algo distinto de lo que es para los demás.

ROBERTO ¡Viviremos juntos toda la vida! (*Se han levantado y se van enlazados amorosamente. Ha entrado Tavernier. No ha cambiado. Es el mismo de siempre.*)

EVA ¡Hola, señor Tavernier! ¿Cómo es eso? ¿No les da usted las buenas noches?

TAVERNIER ¿A quiénes?

EVA A esas frases que acaban de pasar.

TAVERNIER ¡Ah! La verdad es que las he oído muchas veces, desde el tiempo en que yo las decía. ¡Y pensar que ya entonces no eran nuevas!

EVA ¡Claro, como que son de la época de mi pseudónimo!

TAVERNIER ¿De su pseudónimo?

EVA Sí: Eva-Adán.

TAVERNIER Ya. ¡Filosófica está la noche!

EVA ¡Y aburrida!

TAVERNIER ¡Psé! ¡Qué sé yo!

EVA ¿Tanto le divierte a usted Montmartre?

TAVERNIER La costumbre. Hace unos quince años que casi vivo en él.

EVA Lo mismo que me sucede a mí... ¡Oiga, creo que, hace poco, hablaba usted con María-Clara. ¿Sabe usted que Alberto Marechal está en un palco?

TAVERNIER ¡Cómo! ¿Marechal aquí? ¿Está usted segura?

EVA Pasó por aquí hace un rato. Hacía mucho tiempo que no le veía.

TAVERNIER ¿Cómo vuelve por aquí? ¡Parece mentira! ¿A qué vendrá? (*Pausa. Señalando el molino.*) ¡Ah, viene por ver a su adversario... a su peor enemigo! Al gigante rojo de los grandes brazos luminosos, que se alargan en la noche, como llamando a la locura del amor y del placer. ¡Ah, si yo no hubiese sido tan amigo de Alberto Marechal, qué caricatura hubiera hecho de sus amores! En ella hubiera aparecido armado de ilusiones, como un Don Quijote sentimental, peleando con el Molino, y cayendo destrozado por una de sus aspas. Destrozado, como lo ha sido realmente, sin curación posible.

EVA Sí, tiene usted razón. El pan que se come en los hogares tranquilos y dichosos no se amasa con harina de este molino. Sufriría mucho con ella, ¿verdad?

TAVERNIER No tiene usted idea. ¡Pobre Alberto! Y lo singular del caso, es que ella le quería, y no se daba cuenta. Una de las veces que le abandonó, yo estaba presente. Después volvió a verla, en casa de Logers, con quien ella vivía a cuerpo de reina. Pero, por desgracia, seguía queriendo siempre a Marechal. Y, además, parece que el lujo y el dinero le repugnaban. No ha cambiado, no. Es la misma de siempre. Pues, como le decía a usted, se marchó

con Alberto. Y, entonces, se produjo la crisis del amor, de la pasión y de la locura. Eso duró un año. El no trabajaba. Después empezó una ópera nueva; y como el trabajo le absorbía por completo, María-Clara comenzó a aburrirse. Y lo peor es que se susurraba que vivían del dinero que ella se había llevado de Logers. Y como que éste no lo desmentía... Pero, al cabo de tres años, ella, una noche, abandonó definitivamente a Marechal y se vino volando a Montmartre, cuya atracción es, para ella, irresistible. Y acabó todo.

EVA Alberto tiene también su poco de culpa en su desgracia. No supo comprender que acabaría por ser vencido. Cuando el aire de aquí nos ha penetrado en los pulmones, es como la tisis. ¡No hay remedio! ¿Es verdad o no?

TAVERNIER ¡El Evangelio!

EVA (*Se levanta.*) Voy a dar una vuelta por el teatro. Puede qué sea más alegre.

TAVERNIER O lo parezca.

EVA ¡Aquí tiene usted a Marechal! (*Sale. Entra Alberto.*)

(*Alberto atraviesa la escena, con paso rápido, como quien se va resueltamente de un lugar. Tavernier se dirige a él y le detiene con amistad, cariño y titubeando.*)

TAVERNIER ¡Alberto! (*Se estrechan efusivamente las manos.*) ¡Oh, quién había de sospechar! ¡Tanto tiempo que no nos hablábamos! No me guardas rencor, ¿verdad?

ALBERTO ¡No, Tavernier, no! ¡Al contrario!

TAVERNIER No sé qué decirte, chico... pero tu gloria me asusta. Tus óperas meten un ruido de todos los demonios. Sé que ganas más dinero que un tenor. Eres el hombre del día. Pero como yo soy el hombre de la noche... No importa. Ya sabes que se te quiere

siempre. Y, aunque no fume mi pipa contigo... la fumo pensando en ti... que viene a ser lo mismo. Así evoco tu juventud.

ALBERTO ¡Mi juventud! ¡Tengo ya treinta y siete años!

TAVERNIER ¿Treinta y siete años y tres óperas? Eres joven aún.

ALBERTO ¡Treinta y siete años y la muerte en el alma! Ya soy viejo.

TAVERNIER ¡Vamos, hombre, por Dios! ¿Es que no estamos curados aún de... todo aquello? ¿No? ¿En serio?

ALBERTO Usted me mira. Estoy pálido, ¿verdad? Es que, hace poco, en el palco, creí que me iba a dar algo. Hice un disparate volviendo aquí esta noche, después de tanto tiempo. ¡Todo está igual! ¡Hasta se ven las mismas caras!

TAVERNIER Viniste con gentes del gran mundo, ¿verdad?

ALBERTO Sí, se animaron de sobremesa. No he sabido negarme. Y, como nada saben...

TAVERNIER ¿De modo que te vas?

ALBERTO (*Emocionadísimo.*) No puedo estar aquí... La vida, los éxitos, el dinero, me hicieron creer que lo había olvidado todo. Pero ha bastado con venir aquí esta noche para que la herida vuelva a sangrar. ¡Me parece que el tiempo no ha pasado y que revivo, con todos sus detalles, la noche en que me la llevé de aquí! (*Febrilmente.*)

TAVERNIER (*Casi no atreviéndose.*) ¿Y no has sabido nada de...?

ALBERTO No... Supongo que será dichosa... que vivirá espléndidamente, con algún otro Logers cualquiera. ¡Qué miseria! ¡Y pensar que la amé con delirio! ¡Como acaso no fué amada mujer alguna!

TAVERNIER (*Bruscamente, con gran emoción.*) ¡Hijo

mío! Es verdad que te hizo sufrir; pero te dió el genio, la inspiración... ¡Fué tu Musa! Acaso sin ella... Pero, ven, ven, vamos. Y no vuelvas más por aquí. (*Alberto, de pronto, queda como clavado en el suelo por una terrible visión.*) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué tienes? (*Entra María-Clara.*) ¡Oh, era inevitable!

M. CLARA ¡Buenas noches, Alberto! ¡Caramba! ¡Qué elegante! ¡No has cambiado!

ALBERTO ¡María-Clara!

M. CLARA No es como yo, ¿verdad? ¡Y es que, chico, cinco años no pasan en balde para una mujer! Tú no vienes con frecuencia aquí, ¿verdad?

ALBERTO ¡Nunca!

M. CLARA ¡Oh, siempre el mismo! Y, claro, cuando te empeñas en algo... no hay quien te apee. ¿Sabes que me da mucha alegría el volver a verte? ¿Y a ti?

ALBERTO ¿De modo que tú vienes con frecuencia por aquí?

M. CLARA ¡Todas las noches! ¿Dónde quieres que vaya?

ALBERTO ¡María-Clara!

M. CLARA Tú no quisiste comprenderlo jamás esto... y es mi manera de ser... mi vida... Tuve ocasión de probar otros modos de vivir, pero, al fin y al cabo, es este el que más me gusta. Y no vayas a figurarte que sean más decentes que este, no, todos los otros modos de vivir a que me refiero... menos el tuyo... menos tu casa... se entiende... Pero, ¿qué quieres? La manera de ser de cada uno no puede cambiarse, por mucho que uno se empeñe en ello. Me quisiste mucho, ¿verdad? Yo también. Ven a verme de vez en cuando... Me alegraré mucho de verte... ¿Quieres pagarme un café?

ALBERTO ¡No!

M. CLARA ¡Oh, perdona!... Como tú quieras. Al fin y al cabo valdrá más, porque es probable que no volvamos a vernos.

ALBERTO ¿No... te... falta... nada?

M. CLARA No, tengo todo lo necesario para... (*Entra Tommy, un joven de diez y ocho años. Al ver a María-Clara hablando con Alberto, se detiene y lía un cigarrillo. Pausa.*)

ALBERTO ¿Quién es... ese?

M. CLARA Un joven... un amiguito. ¡Dice que me quiere mucho!

ALBERTO ¡Ah! (*Después, de pronto, desesperado, exclama, abrazándose a Tavernier:*) ¡Lléveme usted! ¡Vengo, vamos! ¡No puedo más! ¡Es... toda mi juventud, esa mujer! (*Salen Alberto y Tavernier. Felicia, que habrá entrado, dice a María-Clara, señalando a Alberto:*)

FELICIA ¿Quién es ese tipo con quien hablabas?

M. CLARA ¡Un... antiguo «capricho»! (*No sabe qué le sucede. No sabe si reir o llorar.*)

TELÓN

TEATRO
MVNDIAL